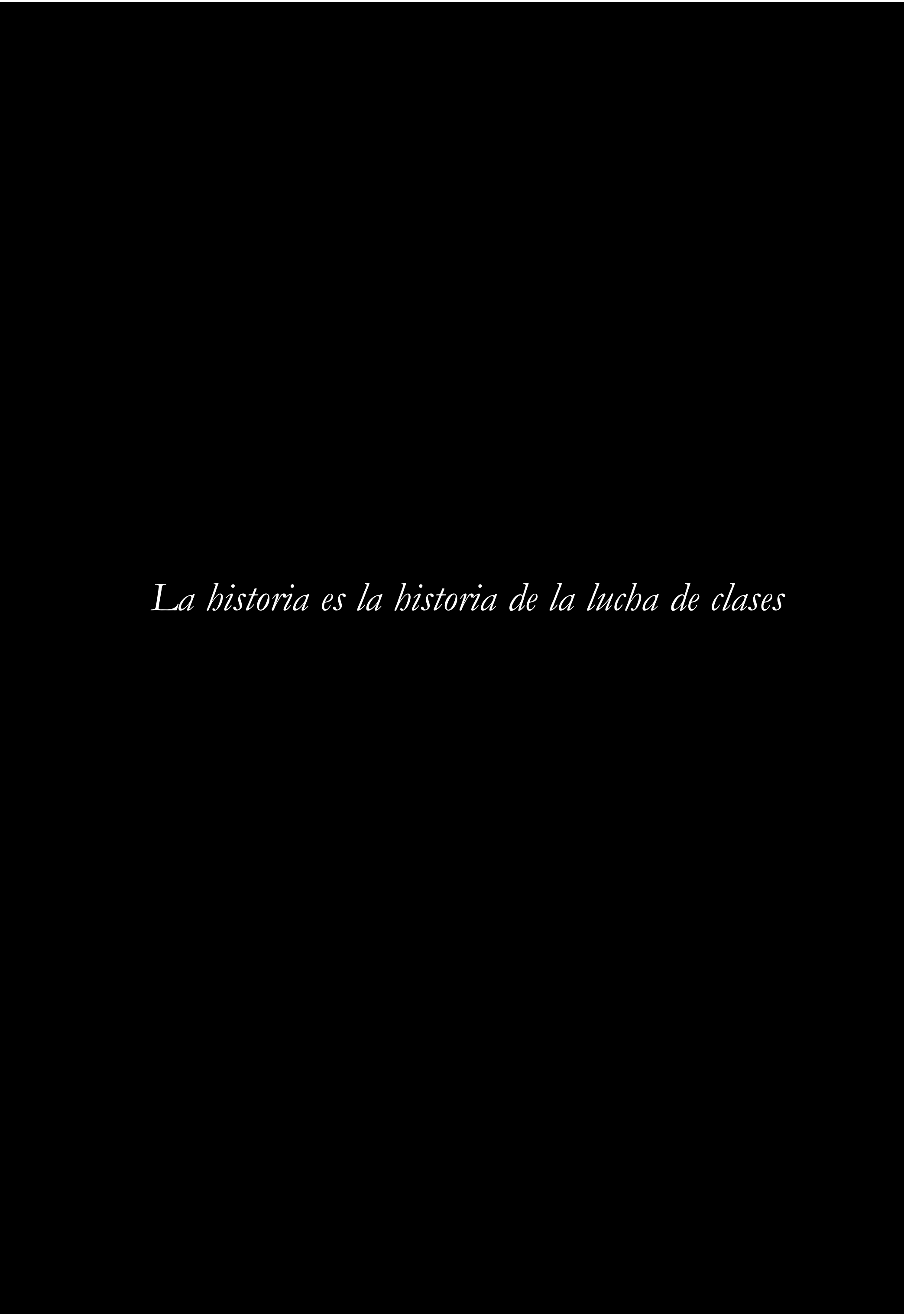

La historia es la historia de la lucha de clases

Historia de diez años

Esbozo para un cuadro histórico de los progresos de la alienación social



Título original: Histoire de dix ans.
Encyclopédie des Nuisances

Maquetación, correción y diseño gráfico: Editorial Klinamen.

Traducción a cargo de unos aficionados revolucionarios.

Primera edición en castellano: junio de 2005

Edición a cargo de: Editorial Klinamen
www.klinamen.org
e-mail: klinamen@klinamen.org

Impreso en: Publidisa.

ISBN: 84-609-4914-1

Depósito legal: SE-3952-2005 European Union

Coste de producción por unidad: 1,60€

Índice

N. del E:

Recomendamos la lectura de 'Los incontrolados' para una mejor compresión y como complemento histórico-conceptual de lo sucedido durante dichos años. El apéndice de este libro dará una base general para la mejor comprensión del presente texto.

Historia de diez años

Cuando pensamos en estos diez años, en la forma que han dado al espíritu del tiempo, en la trama que han tejido, sobre la que las figuras de la inconsciencia bordan sus previsibles entrelazamientos, pensamos primero en la impotencia, después en la inquietud. Impotencia de los individuos cuya vida entera está más que nunca sometida a las delirantes exigencias del presente sistema de producción, y cuya lamentable charlatanería justificativa, su falso cinismo y su fingida euforia no hacen sino volver más manifiesta. Inquietud que se apodera de ellos cuando ven, y lo ven casi a cada instante, que las compensaciones que han creído encontrar a cambio de su renuncia, resultan, incluso como ínfimas satisfacciones materiales, extremadamente precarias, porque están completamente envenenadas por la realidad del trabajo alienado que es su origen, y cuya proliferación no ha hecho más que extender la miseria y la nocividad.

A pesar de esa descomposición objetiva del soporte material de la ilusión, la inquietud que corroe a la inmensa mayoría de nuestros contemporáneos, y ante todo a esos falsos ricos que son los verdaderos 'nuevos pobres' (los que la inversión de la mentira oficial denomina así son, en cambio, los pobres de siempre), a los empleados del sistema que acceden a su falsa riqueza, esa inquietud no les impulsa de ninguna manera a la rebelión. Parece que, al contrario, les hace aferrarse todavía más desesperadamente a las realidades sintéticas distribuidas por la producción mercantil, como el neurótico se aferra a los síntomas de su enfermedad, sustitutos de una satisfacción que no ha tenido lugar. Muy generalmente, desde hace diez años hemos visto reforzarse las ligaduras que mantienen a los hombres amarrados a su desgracia; las cuales, aunque no llegaron a romperse en ninguna parte, se habían aflojado por un momento. Y al mismo tiempo hemos visto esa desgracia, la desgracia histórica de la alienación social, universalizarse hasta el punto de no quedar fuera de su alcance nada de lo que constituía en otro tiempo la vida inmediata, con sus limitadas satisfacciones.

Este mundo, pues, no se ha hecho de ninguna manera más amable, pero ha logrado restaurar *la idea de que es el único posible*. Para romper la complicidad de los hombres con lo que les mata, su preferencia por lo que existe en su detrimento, es necesario que exista y sea percibida una alternativa práctica que presente a cada cual la posibilidad de un incremento de fuerza, de riqueza directamente vivida. El miedo a la libertad no es una fatalidad suprahistórica, está determinado por una situación precisa en la que lo que

quedaría liberado por la ruptura de la adhesión neurótica al mecanismo de la desgracia no tiene empleo directo, por falta de un proyecto colectivo que cristalice los deseos de la época, y retorna entonces contra el sujeto, para separarlo de los otros, como locura. El pensamiento dialéctico es el más allá de esa locura, pero, para franquear esa oscura encrucijada, el 'punto nocturno de la contradicción', es necesario que la conciencia se conozca y sea reconocida en la comunicación con otras conciencias. La razón dialéctica es, en principio, sinrazón en relación con la razón dominante: Tiene que desenmascarar el carácter parcial de esta última, y formular exactamente, en función de condiciones dadas, el proyecto de su superación para llegar a ser ella misma plenamente *razón*. La victoria del viejo orden consiste precisamente en impedir eso, en contener al pensamiento crítico en la unilateralidad de la pura denuncia o de la interpretación arbitraria, y en contaminarlo así de su propia irrealidad: La positividad sin historia y la negatividad sin proyecto se hacen frente entonces como dos espejos que se devuelven indefinidamente el vacío que los separa, y los llena.

I

Consideraremos la degradación de las condiciones subjetivas de la revolución, y el progreso de la alienación que ha permitido, centrando nuestro análisis sobre algunos momentos decisivos de ese proceso en Europa. En efecto, es ahí donde esta sociedad se enfrenta con el punto de vista crítico más avanzado, porque ahí han nacido, a través de los conflictos de la ciudad, y, después, de la sociedad de clases moderna, el pensamiento histórico y su heredero, el proyecto de apropiarse totalmente la historia, de someter todas las condiciones existentes a la potencia de los individuos unidos. Es, por tanto, igualmente en Europa, donde las victorias de la sociedad dominante toman cada vez su forma contrarrevolucionaria más caracterizada: Bonapartismo, socialdemocracia, fascismo, estalinismo, terrorismo de Estado. Las industrias que proporcionan los medios de la alienación más moderna bien pueden encontrarse en California o en Japón, su potencia se mide en Europa, con Europa, porque ahí ha actuado siempre la contestación más moderna, la que se trata de neutralizar y recuperar: La restauración de la alienación no sigue otro camino que las tentativas de desalienación.

Así, en los años sesenta, el desarrollo de la alienación modernizada, ha podido ser comprendido y combatido a partir del terreno europeo de la memoria —memoria del proyecto proletario de una sociedad sin clases, memoria del proyecto de emancipación individual formulado por el arte moderno— y no en ese suburbio del pensamiento que es la metrópoli americana del espectáculo mercantil. Tan verdad

es esto que las pocas formulaciones críticas parciales producidas en los Estados Unidos después de la segunda guerra mundial fueron esencialmente resultados del marxismo revolucionario de los años veinte confrontado por el exilio a la realidad de la sociedad de clases más avanzada, pero que así desplazados y cortados de su medio viviente no pudieron resistir frente a la recuperación universitaria. Una teoría crítica de la sociedad no puede existir y desarrollar su verdad sino calculando exactamente su uso social: Debe combatir su integración y su falsificación por la cultura dominante para estar ahí en su integridad cuando el movimiento real de la crítica en actos la necesite y pueda usarla. Esto es lo que nadie supo hacer en estos años, a excepción de la Internacional situacionista.

II

En el movimiento de Mayo, la crítica social de las nuevas condiciones del capitalismo moderno consiguió, gracias a la práctica coherente de sus portadores, encontrarse con la subversión de esas condiciones por la acción autónoma del proletariado. Pero la unificación de estos dos aspectos complementarios no fue duradera: Estuvieron presentes al mismo tiempo, relacionados mediante la comunicación a través de los actos instaurada por el momento revolucionario, pero demasiado separados todavía, al haber logrado en lo esencial las burocracias sindicales aislar a los trabajadores dentro de las fábricas. Lo que se jugaba en la época que comenzó entonces era la realización de lo que había quedado en suspenso en el mes de mayo, la apropiación por el movimiento real de 'su propia teoría desconocida'.

La revolución de Mayo constituía para el proletariado mundial un nuevo punto de partida de importancia histórica universal, y su fracaso no bastaba en absoluto para asegurar una restauración duradera del viejo orden: Todavía faltaba que este consiguiera vencer lo que comenzaba entonces. Es bastante fácil constatar que ha obtenido notables resultados en ese sentido, pero semejante constatación sólo tiene interés para quien se preocupe por comprender cómo lo ha logrado: Al contrario que todos los ex-izquierdistas acomodados que se han adherido incondicionalmente a la objetividad del mundo existente y no quieren ver en sus antiguas veleidades críticas más que un error de juventud, una ilusión subjetiva, se trata de comprender, desde el punto de

vista del proceso mismo, qué ocasiones se han perdido, cómo han prevalecido ciertas posibilidades a expensas de otras que habrían podido ser mejor defendidas, y lo que habría podido intentarse y con qué diferentes resultados. Para quien considere, sin dejarse llevar por ilusiones, la historia de estos años, la primera constatación que se impone es que los responsables de la clase en el poder han logrado invertir la baja tendencial de su tasa de control sobre la sociedad. Y no queda más remedio que ver que la evidente descomposición de la sociedad no desmiente este reforzamiento del control estatal y mercantil: Lo expresa. Felicitarse por ello estaría fuera de lugar, cuando de lo que se trata es de la destrucción de todo lo que existía todavía independientemente de la mediación del espectáculo y del Estado.

A poco que se encare fríamente la cosa, se puede ver que, durante estos años que las clases propietarias han dedicado a reorganizar su dominación, no han estado durmiendo ni jugando. Pero antes de considerar lo que han hecho, cómo han recuperado la iniciativa, hay que considerar lo que no han hecho sus enemigos, cómo les han dejado recuperarla. Pues eso ha sido, en efecto, antes que ninguna otra cosa, lo determinante, y también es el lado que mejor podemos comprender nosotros, ya que lo hemos conocido de bastante cerca. Nos toca entonces, una vez más, decir, junto con la nuestra, la verdad del poder.

III

En el curso de los años que siguieron a la revolución de Mayo, mucha gente creía que la sentencia pronunciada entonces contra la organización social existente estaba a punto de ser ejecutada. Pero la verdad es que la cuestión de los medios de esa ejecución apenas había sido formulada: Se daba por hecho que una autonomía sin freno y una libertad total se encargarían de todo. Este mundo iba a acabar. La única razón por la cual había podido durar era que existía. Y esta razón parecía débil comparada con todas las que anunciaban lo contrario. La rebelión, nacida de una insatisfacción que abarcaba la totalidad de la vida, se generalizaba; y todas las condiciones dominantes de existencia estaban como atacadas de irrealidad. Los mismos dirigentes no hablaban más que de cambiarlas lo más rápido posible.

Sin embargo, en un enfrentamiento de esta naturaleza, las fuerzas se miden en magnitudes relativas, y no desde el punto de vista de un saber absoluto al que le cuesta demasiado poco hablar de decadencia ojeando las páginas del diccionario histórico. Siempre se puede ironizar sobre las taras de los dirigentes; pero, con todas sus taras, aún se les soporta, conservan el poder, y eso es lo único que les importa. Esa débil razón de durar en que consistía la existencia misma del sistema ha resultado ser suficientemente fuerte, ya que no hay más remedio que admitir que las razones que se le han opuesto se han revelado más débiles todavía.

En Francia, la corriente de crítica social que se había desarrollado a partir del rechazo *vivido* en Mayo no supo

organizarse para romper duraderamente el monopolio espectacular de la explicación. Es verdad que la teoría de una organización semejante era tan nueva como las condiciones revolucionarias que la hacían necesaria. Era bastante fácil saber lo que ya no podía servir (partidos, sindicatos, militantismo), pero este rechazo de los *intermediarios* hacía que fuera aún más vital la inteligencia de las *mediaciones* necesarias. Los que habían encontrado en Mayo un uso directo a su rebeldía en confluencia con la primera huelga general salvaje de la historia, tenían que aprender ahora lo que no habían tenido tiempo ni necesidad de aprender anteriormente: A emplear bien sus fuerzas, a calcular su punto justo de aplicación, en pocas palabras, a pensar estratégicamente. La mayor parte no lo consiguieron, y fueron numerosos los que no solamente perdieron el hilo de la inteligencia histórica, sino que se perdieron ellos mismos en las diversas variantes de la resignación. La puesta en práctica continuada de lo que se había sentido inmediatamente sobre todo como voluntad total —bastante desarmada— de subversión, más que comprendido realmente en todas sus determinaciones, era ciertamente una tarea inmensa. Pero el programa de la revolución moderna, formulando el proyecto de una *presencia histórica total* de los individuos, en todo caso, no podía ser defendido por medio de la *abstención*, ni siquiera entonces, cuando tanta gente intentaba por doquier intervenir contra las condiciones de existencia que les habían sido impuestas.

En definitiva, la principal debilidad de la corriente radical de después de Mayo fue no conocerse a sí misma, con sus límites y sus tareas precisas. Identificándose abstractamente con el 'proletariado', perdía a la vez, en esta

indeterminación *radical* de una noche de la totalidad donde desaparecían cómodamente las dificultades reales de una actividad que en lo esencial todavía era una actividad de *vanguardia*, la inteligencia de lo que hacía y de lo que podía hacer y la de lo que hacían y podían hacer los trabajadores en lucha contra su representación autonomizada. En ese momento en que tantas cosas eran posibles, los que se encontraban en las posiciones revolucionarias más avanzadas dejaron así en manos de las diversas facciones del izquierdismo el terreno de las luchas particulares que se libraban en todas partes, contra cada aspecto de la alienación. Sin duda, estas luchas hablaban todavía a menudo un lenguaje mistificado, pero el desprecio de lo 'parcelario', del que alardeaban los puristas que se retiraban orgullosamente bajo la tienda de la totalidad, era más bien un desprecio de la *totalidad* viva, que no es un resultado adquirido sino un proceso práctico, una lucha a través de la particularidad de cada contradicción vivida, por alcanzar condiciones de unidad y conclusiones generales.

Los Estados y las diversas fuerzas de la contrarrevolución, por su parte, no tenían, como de costumbre, ninguna necesidad de comprender todo el alcance histórico de lo que hacían, y encontraban fácilmente en su situación amenazada el contenido y la materia de su actividad: Les bastaba con rematar bajo la presión de la contestación lo que habían empezado a hacer en la euforia de la paz social, y todas sus tareas represivas particulares confluían espontáneamente en esta empresa de someter el conjunto de la vida a los imperativos de la economía desarrollándose por sí misma. Mientras la coherencia opresiva de la mercancía, como relación social

universal, no sea cuestionada, la astucia de la razón mercantil garantiza a sus servidores la inteligencia suficiente: Realizando sus intereses se produce esa *otra cosa* escondida de la que su conciencia no se daba cuenta y que no entraba en sus planes ¡Ved, por ejemplo, como los estalinistas, enemigos conscientes del proletariado donde los haya, rompiendo las huelgas para conservar su poder, han abierto el camino a la 'reestructuración industrial' que suprime la base de ese poder!

Por el contrario, el movimiento social que llevaba al proletariado a combatir su miseria modernizada y a reencontrarse con su historia perdida no podía extraer su coherencia más que de la conciencia de su proyecto. Su marcha tenía que ser larga y difícil, ya que se encontraba ante la necesidad de comprenderse a sí mismo, y de crear entonces, a partir de nada, los medios prácticos de esa comprensión. Lo que volvía así al orden del día era la organización autónoma del proletariado, los Consejos de trabajadores, redefinidos por el conjunto de sus tareas modernas, puesto que el mismo movimiento de la economía, llegando a ser cada vez más visiblemente la negación de la vida, destruía la ilusión de una autogestión parapetada en la producción existente. La corriente radical de los partidarios de una crítica social moderna, principalmente desarrollada entre la juventud, defendía sin duda esta consigna de los Consejos. Pero, impotente para precisar su contenido por su propia actividad combatiendo eficazmente allí donde se encontrara lo que un poder de Consejos debería abolir definitivamente (urbanismo, cultura, ocio, etc.), se veía llevada a esperarlo todo, con un irrealismo creciente convertido a veces cómicamente en

despecho crítico, de luchas obreras que, sin embargo, no era capaz de sostener ni de comprender, negando mágicamente lo que le separaba de ellas. En Francia, esa separación resultó reforzada, junto con el poder de los burócratas sindicales que eran sus guardianes, por el hecho de que numerosos jóvenes obreros escogieron después de 1968 abandonar las fábricas sobre las puertas de las cuales habían escrito hacía poco: 'Aquí acaba la libertad'. Así, el movimiento que se había detenido en 1968 ante la creación de organizaciones autónomas que invirtieran la lucha antisindical en proyecto positivo de democracia total, lejos de reforzarse por medio de la memoria de las tentativas proletarias del pasado, se debilitó hasta olvidar lo que él mismo había hecho.

En Italia, el proceso de las luchas cada vez más abiertamente antisindicales del 'mayo rampante' que llevaba irresistiblemente a un enfrentamiento abierto, fue interrumpido por las bombas policiales de Milán en diciembre de 1969. Y en todas partes, en aquella Europa atravesada en todos los sentidos por las huelgas salvajes, se veía que el proletariado, tras su primera victoria, tras su reaparición como sujeto histórico, no lograba llevar su ofensiva más lejos. Podía poner en crisis el sistema existente, pero después se detenía, como si no estuviera convencido de su capacidad para reorganizar el mundo según sus deseos. Y en estos asuntos basta que los hombres crean no poder lograr una cosa para que efectivamente no puedan.

IV

En Portugal, más que en ningún otro sitio, esa debilidad subjetiva se manifestó claramente como *límite interno*, pues la crisis revolucionaria que se desarrolló desde abril de 1974 a noviembre de 1975 vió una casi desaparición del Estado y una impotencia de la represión de la cual la historia ofrece pocos ejemplos de tanta duración. Esa extrema lentitud del proceso revolucionario se explica por la debilidad de las fuerzas enfrentadas, que les ahorró mutuamente durante mucho tiempo la obligación de concluir: Si la dualidad de poder duró tanto fue porque nunca acabó de cristalizar.

Al principio, el contenido universal de la revolución quedó oculto por la extrañeza de su génesis, que lo disimuló en parte a sus principales protagonistas, los trabajadores, los cuales habían aprovechado la brecha abierta por el ejército, y permitió tanto más fácilmente ocultarlo a sus posibles aliados en Europa, y en primer lugar en España. El vacío de poder creado por esos soldados que, cuando debían luchar en ultramar para que nada cambiara en Portugal, eligieron cambiarlo todo en Portugal para no tener que luchar más en ultramar, agravado después rapidísimamente por la subversión proletaria, explica que este movimiento revolucionario pudiera fácilmente llegar más lejos, en ciertos aspectos, que sus predecesores franceses e italianos: Crítica de los partidos políticos, exigencia de la democracia directa, rechazo de la manipulación de las asambleas, desprecio del Estado, crítica en actos de la propiedad estatal y privada, apropiación de los medios de comunicación por los trabajadores, y en fin,

movimiento antijerárquico en el ejército que lo volvía inutilizable para las veleidades represivas que tenían lugar en el Estado. Pero esta facilidad explica igualmente lo que fue hasta el final la debilidad de una revolución que debía sus victorias menos a su consciencia organizada en fuerza práctica que a la inconsistencia de sus enemigos y a la neutralidad benevolente de la fracción populista izquierdista del ejército que por entonces era el único poder en el país. Y, como se pudo ver una vez más el 25 de noviembre de 1975, cuando la izquierda militar fue eliminada finalmente por los oficiales moderados, nada es tan débil e inestable como el renombre de un poder que no se apoya sobre su propia fuerza: Ese movimiento proletario que había llegado tan lejos desapareció casi de un día para otro, sin haber esbozado tan siquiera la menor lucha defensiva.

Esta conclusión no era más que el último de una serie de golpes de fuerza por los cuales se habían enfrentado en el seno del ejército los diferentes proyectos de restauración del Estado y de neutralización del proletariado. Al final, el motín abierto de los paracaidistas el 24 de noviembre proporcionó el pretexto legal al desencadenamiento de una operación preparada durante varios meses y lista desde hacía semanas. Con ayuda de una sola unidad militar de una gran inferioridad numérica, pero con una decisión extrema, el ala moderada del MFA (*Movimiento de las Fuerzas Armadas.*) redujo sucesivamente a todas las unidades izquierdistas o rebeldes, cuyos oficiales se dejaron arrestar sin resistencia, demostrando por este legalismo que su izquierdismo, aunque armado, no era más que una parodia anacrónica del leninismo. Esta derrota sin combate fue igualmente una derrota para los

trabajadores revolucionarios en la exacta medida en que ellos mismos no supieron emancipar su movimiento de la tutela de sus incompetentes protectores y pasaron con el mismo irrealismo de un exceso de confianza a un exceso de desaliento. Evidentemente, cualquier crítica abstracta de esta pusilanimidad sería ridícula, pero, aún así, hay que constatar que cuando se deja de ser actor en la historia no se está por ello al abrigo de sus golpes: Siguen recibiéndose en una lucha no escogida.

Si la revolución portuguesa fue, a pesar de todo, y en primer lugar del arcaísmo de la dominación contra la cual comenzó, una revolución moderna es porque estuvo presente y activa la organización autónoma sin la cual los proletarios no pueden empezar a comunicarse sus necesidades reales. Esta intervención autónoma hizo que la lucha principal no se desarrollara entre la conservación del pasado y su cambio revolucionario, sino entre dos concepciones generales del cambio. La una positiva, efectiva, ya que son los amos de la sociedad quienes la aplican cotidianamente, construyendo con medios cada vez mayores, el marco y las condiciones de vida necesarias al desarrollo de la economía y del Estado; la otra espontánea, indecisa, negativa, sin lenguaje y sin proyecto al principio, pero empujada por la misma lucha contra lo que rechaza a redescubrirse como el enemigo histórico de la economía y del Estado. La demarcación de estas dos concepciones del cambio no alcanzó nunca en Portugal una claridad semejante, pero se aproximó lo suficiente para que fueran movilizados contra ella todos los recursos de la confusión espectacular. Así, el carácter moderno del movimiento revolucionario portugués se

manifestó menos en lo que él mismo hizo que en lo que hicieron las fuerzas levantadas contra él.

En esta ocasión, se pudieron medir los progresos realizados en la producción de la inconsciencia desde la época en que Rosa Luxemburgo, la víspera de su asesinato por la socialdemocracia, descubría en esa representación obrera *revuelta* contra la autonomía proletaria el secreto de las nuevas condiciones donde la cuestión central de la revolución ya no puede ser planteada abierta y honestamente por medio de una lucha a cara descubierta, la *acumulación primitiva* del espectáculo moderno que, habiendo expropiado a los hombres de toda intervención en la historia, puede darles ahora a contemplar la versión elegida por él. Las conexiones internacionales ocultas del golpe del 25 de noviembre (habiendo heredado los oficiales moderados el apoyo que había recibido primero Spínola) tuvieron por contrapartida visible, y tanto más visible cuanto se trataba de que no se la viera más que a ella, la colaboración universal de los agentes de información y del monopolio de la aparición (políticos, expertos de los medios de comunicación, etc.) que demostraron las lecciones que habían conseguido sacar por su parte de 1968 batiendo records de falsificación y censura; hasta tal punto que el movimiento profundo de la autonomía obrera apenas si afloró en la información, mientras, por contra, el izquierdismo armado de los capitanes, principal rémora de la revolución portuguesa, aparecía bajo la mejor iluminación. Claro está que esta Santa Alianza no es en sí misma más moderna que los intereses a los que sirve, pero sus medios, sus procedimientos y su campo de acción sí que lo son plenamente. Definían, pues, *a la contra*, lo que debe

hacer un movimiento revolucionario para romper su aislamiento y encontrar a sus aliados. En efecto, la información espectacular no es solamente la vieja mentira burguesa técnicamente equipada, sino un momento necesario de la edificación de una realidad que escapa tanto al control y a la comprensión como a la corrección histórica. Igualmente, hay que comprender desde este punto de vista la opción de los estados modernos por evitar mientras puedan una represión sangrienta. Porque, en efecto, están en condiciones de saber que necesitan ante todo disimular la línea de demarcación que traza la guerra social, disimular la realidad de la elección y de la intervención posibles e impedir que este enfrentamiento que concierne la totalidad de la práctica social haga estallar la imagen-pantalla de la actualidad manipulada, donde la realidad de los hechos es siempre la del hecho consumado, y el hecho consumado la reconducción a los viejos modos jerárquicos. Así, los comentaristas autorizados, delirando sobre sus propias mentiras, han podido hablar del carácter 'surrealista' de la revolución portuguesa, al hacerse su desarrollo, en efecto, perfectamente incomprensible desde el momento en que quedaba oculta la amenaza proletaria que determinaba la acción de todos los otros protagonistas.

Pero, incluso en Portugal, el efecto de espectáculo, la desposesión que vuelve extraña a los hombres su propia historia, y que permite que lo que piensan aún con las palabras del poder les oculte lo que hacen en su contra, pesa excesivamente sobre el desarrollo del movimiento autónomo de los trabajadores. Aquellos que hubieran debido y podido combatir ese retraso de la conciencia, los partidarios

de un programa de subversión total, ilustraron hasta la caricatura el defecto revolucionarista de una identificación contemplativa con el proletariado, cuyo radicalismo absoluto, postulado por su impotencia, les permitía ahorrarse el esfuerzo de hacer vencer sus perspectivas. En el momento en que el movimiento de las asambleas era confrontado a la necesidad de inventar su propio lenguaje para comunicarse lo que hacía y lo que podía hacer, no hicieron nada para ayudar a su autodefensa contra el bombardeo ideológico al que era sometido, desde la falsificación estalinista hasta el confusionismo izquierdista. Esta vergonzosa dimisión influyó ciertamente sobre el desarrollo de los acontecimientos, aunque no explique por sí sola que la coordinación directa esbozada por las asambleas fuera ahogada y neutralizada tan fácilmente, encontrándose así el movimiento cada vez más dependiente de órganos de información exteriores (Radio Renascença y República) parcialmente controlados por los trabajadores y más vulnerables desde todos los puntos de vista; pero sobre todo no formulando en su verdad los problemas prácticos que había llegado a afrontar el movimiento de las asambleas, y que son los que se han planteado siempre a todo movimiento proletario, los extremistas inactivos permitieron que este movimiento fuera vencido y desapareciera sin haber dejado tras él un máximo de conclusiones generales utilizables por una lucha más consciente.

Ciertamente, no son las teorías las que hacen la historia, y no son ellas las que incitan a los proletarios a intentar abatir una organización social: De eso se encarga ella misma a la perfección, porque, si no, nadie puede hacerlo en su lugar. Pero cuando unos cuantos individuos se lanzan a una

empresa tal intentando combatir una ignominia particular, el hecho de disponer de una concepción histórica general, concebida y formulada con ese fin, puede facilitarles grandemente el acceso a la inteligencia de su propia acción. Y ese tiempo ganado puede ser decisivo, en un enfrentamiento donde generalmente todo sucede muy deprisa. Mientras tanto, sea cual sea el resultado de la lucha, si el partido proletario ha sabido proclamar audazmente sus fines y los intereses universales en juego, habrá logrado con ello una victoria considerable sobre la organización de la pasividad y de la amnesia histórica. De otro modo, si no ha afirmado claramente su perspectiva autónoma tendrá que perder junto con el recuerdo de lo que ha hecho la conciencia de lo que efectivamente era posible.

V

La amplitud de las tareas de un movimiento proletario moderno apareció otra vez en España en la crisis social cuya profundidad quedó revelada por el agotamiento del franquismo y de las políticas de recambio. El movimiento de las asambleas que se generalizó entre 1976 y 1978 a través de las huelgas obreras marcó la intervención autónoma del proletariado en la guerra de sucesión abierta por la muerte de Franco. Este movimiento, aunque reencontraba la mejor tradición libertaria de acción directa en la lucha de clases, no alcanzó a conocerse a sí mismo conociendo a todos sus enemigos. Es verdad que le faltaban el proyecto de emancipación total y la experiencia orgánica que poseyó en el más alto grado el movimiento libertario antes de la guerra civil. Pero, en cambio, era menos proclive a la retórica, menos antiintelectualista y más exigente frente a los compañeros dirigentes y a los 'prestigiosos militantes'. En pocas palabras, era, para bien y para mal, más moderno: Sin ideología, pero también sin lenguaje y sin memoria.

En un primer momento, por su existencia misma, el movimiento de las asambleas desmintió a todos los embusteros que, hablando en nombre del proletariado reducido al silencio, daban por descontada su sumisión ante los sectores capitalistas interesados en el cambio —que se daban cuenta de que el franquismo había perdido el control de la sociedad española—, discutiendo solamente con ellos sobre su propio papel en una gestión renovada. Pudo verificarse así en los hechos que la democracia representativa, bajo su forma acabada, no es una aproximación a la democracia real,

sino su exacto contrario: Es necesario que los hombres dejen de hablar directamente de sus propios asuntos para que tenga lugar, con el monopolio de la palabra que es su condición, el espectáculo político. La construcción de su mentira pasa por la destrucción del medio práctico de la verdad, donde todos los problemas de la sociedad se plantean *de manera que puedan ser resueltos.*

Al contrario que en Portugal, en España el proletariado no se benefició de un debilitamiento del Estado causado por un intento reformista desconsiderado. El partido de la contrarrevolución moderna —los que por permanecer en el Estado estaban dispuestos a aceptar a los que querían entrar— había aprendido, sin duda, algo de las desventuras de sus vecinos: Sacrificó lo que debía serlo, pero nada más, y supo impedir que su retirada se transformara en derrota, retrocediendo paso a paso hasta el punto en que se restableció el equilibrio, debido, principalmente, a la dispersión de las fuerzas proletarias. Sin embargo, teniendo que avanzar desde el principio contra todo y contra todos, el movimiento de las asambleas dio prueba de un espíritu de decisión y de una determinación notables. Como se oponían a la modernización del Estado en el momento en que los cuadros postuniversitarios —aquí todavía más dependientes del Estado que en otros lugares, dada la debilidad del capitalismo privado— esperaban el desarrollo del aparato administrativo, político y cultural apropiado para crear por fin los empleos que codiciaban, las luchas obreras suscitaron instantáneamente la hostilidad feroz de todo este personal subalterno del control social; los estalinistas, en cambio, encontraron ahí, como es normal, sus más firmes partidarios.

La ofensiva alcanzó su punto culminante en Vitoria (febrero-marzo de 1976). Si las huelgas madrileñas de enero habían convencido a los patronos de la necesidad de sindicatos que controlasen a los trabajadores, la huelga general de Vitoria torpedeó definitivamente el proyecto de renovación estalinista del sindicato vertical y desveló el pacto embrionario entre el régimen y la oposición. Esto fue el fin de la relativa tolerancia de la que había dado prueba el gobierno para hacer creíbles sus promesas de reforma. Los obreros de Vitoria fueron ametrallados, encargándose la oposición de aislar su levantamiento. A partir de este momento, con el fracaso de la reforma franquista, la burguesía, allí donde no estaba ligada por sus intereses vitales a las instituciones de la dictadura, tenía que resignarse a la legalización de los partidos y sindicatos; y la oposición unificarse para negociar una reforma política y un pacto social con un nuevo gobierno que liquidara los aspectos menos presentables de la herencia franquista y preparase las elecciones.

Por supuesto, ningún arreglo político podía satisfacer realmente a un movimiento que era una crítica en actos de la política y de toda representación separada. Pero para unificar sus fuerzas tenía que unificar ahora sus reivindicaciones, resumirlas en una consigna simple que, conteniendo la superación de las luchas dispersas, les diera la forma de un objetivo general en el cual el conjunto de los trabajadores pudiera reconocer una necesidad esencial, para imponer su satisfacción. Con el fin de combatir verdaderamente *para sí mismas*, las asambleas tenían que combatir *contra la oposición*, sacar todas las consecuencias de lo que habían aprendido en la lucha y tratar a la burocracia político-sindical *como enemigo*,

tanto como al franquismo. 'O las asambleas o los sindicatos', tal era la alternativa que plantearon los proletarios más conscientes, y esta era, sin duda, la necesidad táctica que concentraba en ella las posibilidades de unificación en un proyecto revolucionario coherente. La necesidad de autoorganización era experimentada vivamente, y, por consiguiente, los sindicatos fueron ampliamente boicoteados, pero la coordinación no sobrepasó casi nunca, de forma duradera, el medio local. La ausencia de una corriente asambleísta organizada que se expresara como tal formulando claramente la crítica de los sindicatos que estaba en la mente de todos, contribuyó a que se impusieran la dispersión y la confusión. Y las huelgas del otoño de 1976, aunque más organizadas y más duras, no tuvieron más resultado que la manifestación del 12 de noviembre, en la cual, a cambio de la posibilidad de expresar su entusiasmo combativo, los trabajadores aceptaron la dirección de las burocracias sindicales, convirtiéndose así la demostración antifranquista en una demostración de disciplina sindical. El retraso de la conciencia resultante no se pudo ya reparar, quedando a partir de ahí cada vez mejor reprimido por la organización de las apariencias democráticas lo que no supo hacerse visible entonces. El movimiento de las asambleas había dejado pasar ese momento decisivo en el cual una iniciativa audaz hubiera podido alterar completamente la correlación de fuerzas, conseguir que las condiciones cambiaran a partir de ese momento para todos, al hacerse tangible la perspectiva revolucionaria obligando a cada uno a determinarse en relación con ella.

No es este el lugar adecuado para analizar en detalle el mecanismo de la derrota subsiguiente ni sus principales

resultados. Tenemos que discernir, en cambio, cómo actuaron las fuerzas modernas de la contrarrevolución que ya se había visto obrar en Portugal.

VI

De hecho, los hombres no se ponen jamás en movimiento de forma duradera para abatir una organización social sólo porque detesten lo que existe: Es necesario que además tengan, de una manera u otra, una concepción positiva de la vida que quieren vivir. Esto es lo que tuvo el antiguo movimiento obrero revolucionario, sobre todo en su facción anarquista, que es justamente la que llevó más lejos, durante la revolución española de 1936, la liquidación del viejo orden de cosas. Desde luego, los proletarios pueden adquirir esa concepción positiva en la lucha misma, la comunidad que sirve de medio para dibujar los contornos del fin. Pero todavía hace falta que los valores prácticos así producidos se transmitan en un lenguaje autónomo y se unifiquen en un proyecto histórico.

Los diversos éxitos de los que en estos años ochenta nos habla complacientemente la propaganda de las mercancías y de los Estados —éxitos que confluyen todos en la profundización de la separación y el equipamiento superabundante de la pasividad— fueron posibles gracias a un éxito más profundo del cual, en cambio, no dice absolutamente nada, ni mencionarlo siquiera: La represión y el ocultamiento del proyecto de actividad histórica superior, contenido latente de los movimientos proletarios a partir de 1968. La cristalización de un proyecto colectivo que unifique las necesidades revolucionarias de la época ha sido siempre una tarea de larga duración, pero hoy en día es aún más difícil porque las contribuciones, teóricas o prácticas, a su formulación se ven confrontadas inmediatamente con la

capacidad de falsificación y ocultación sin precedentes adquirida por la sociedad de clases. La cual no solamente logra en tiempo normal que ningún problema pueda ser planteado y debatido socialmente en sus verdaderos términos, sino que, cuando eso llega a suceder —y para ello hace falta nada menos que un movimiento revolucionario— o bien consigue impedir su reconocimiento exacto o bien hace que este se olvide muy pronto.

El movimiento de las asambleas en España planteó en su simple verdad la cuestión de una liquidación histórica del franquismo que conectara verdaderamente con la voluntad de emancipación revolucionaria que había sido tan marcada en este país: Evidentemente, tal liquidación sólo podía ser efectiva e irreversible con la abolición de la dominación de clase que los políticos de la oposición aspiraban a servir, y de los medios estatales que esperaban heredar para la tarea. A falta de lo cual se vería de nuevo una de esas monstruosidades híbridas que produce espontáneamente un sistema de opresión que desanima a la crítica haciéndose cada día más *innombrable*. Este envite pasó prácticamente desapercibido en una Europa donde, durante casi cuarenta años, la falsa conciencia de izquierdas se explayaba hipócritamente sobre el franquismo, y más todavía, sobre la imagen que le convenía hacerse de todo lo que no combatía en su propia casa. Y tampoco en España la verdad de la que era portador el movimiento de las asambleas logró imponerse tan irreversiblemente como para proporcionar una base práctica al juicio del mundo que deben emprender quienes lo combaten. Ciertamente, el sucedáneo de democracia instalado en España es una mentira particularmente grosera y

repugnante, con su rey, sus policías y militares franquistas, sus estalinistas y sus socialistas gobernando bajo la tutela militar como cuando eran ministros de Primo de Rivera, pero, según el principio que rige el conjunto de las realidades producidas por el sistema espectacular, ese sucedáneo no ha sido hecho tanto para ser creído como para ocupar todo el terreno de la expresión social. Y para ser admitido así, sin comparación posible, como cualquier alimento falsificado. Entonces es cuando la verdad se convierte en una extravagancia y un escándalo. Como es amarga hay que *escupirla:* El aniversario de la revolución de 1936 será conmemorado tranquilamente por todos sus vencedores reconciliados, lo que entonces se intentó no tendrá ya sentido para los ciudadanos satisfechos de la neodemocracia, como tampoco las cualidades reconocidas tradicionalmente al pueblo español: orgullo, independencia o coraje.

Para quebrar el monopolio de la aparición que confiere fuerza a la producción autoritaria de la mentira, no basta, como vemos cada día, con que se acumulen los hechos que desmienten las verdades oficiales: Es necesario además que se manifiesten en la sociedad, por todos los medios al alcance un punto de vista crítico unificado y una perspectiva de superación que sepan reconducir hacia ellos la verdad de los hechos y hacer así aparecer las mentiras y los descarados sofismas como lo que son. Mientras los hombres no se propongan hablarse sin intermediarios de sus necesidades y aspiraciones, dando un nuevo sentido a los hechos a través de su diálogo, por las posibilidades históricas que descubren en él, los hechos no hablan por sí mismos, más que para repetir los inalterables postulados de la sumisión. La nueva

concepción de la vida real que ha sido el contenido latente de todas las tentativas revolucionarias modernas se ve obligada ahora por el desarrollo mismo de los mecanismos dominantes de falsificación y ocultación, bien a manifestarse, bien a quedar reprimida de forma que lo que venga en la barbarie de la abundancia no se distinga en nada de ella.

Con la desaparición del antiguo movimiento obrero, aplastado o integrado, los proletarios perdieron también las formulaciones ideológicas de un proyecto autónomo de organización de la sociedad. Pero dicha pérdida no bastó para enseñarles a formular por sí mismos ese proyecto. Cuando han de reconstruirlo sin ninguna ilusión de garantía histórica, necesitan, ahora y siempre, obtenerlo de un reconocimiento del sentido total de su propia acción, porque esta acción es la única verdad que pueden poseer que sea verdaderamente suya. Y, como no se trata de una única acción no duradera, la necesidad a la que Lenin pretendía responder —con su modelo de partido jerárquico depositario de la memoria y de la experiencia acumulada— no puede quedar insatisfecha. Los movimientos revolucionarios de Portugal y de España fueron, después de Mayo de 1968, importantes contribuciones prácticas a la construcción de un proyecto de emancipación capaz de atraer hacia él a la inmensa mayoría presentando a cada cual la posibilidad de un cambio profundo, inmediato. Su derrota en el aislamiento, sin que hayan sido obtenidas por su lucha ni conclusiones generales irreversibles ni nuevas líneas de demarcación con el enemigo —ante todo con los estalinistas y el conjunto del personal político-sindical de izquierda—, marca un umbral y un límite a la ofensiva revolucionaria empezada en

1968. La organización de una corriente revolucionaria internacional no ha tenido lugar, y el vasto e informe partido de la subversión que actúa todavía en Europa está perdiendo sin saberlo la iniciativa en el curso de estos años. Porque 'dos ejércitos que luchan el uno contra el otro pueden resultar igualmente maltratados; la victoria será en este caso para el primero en informarse del estado en que se encuentra su enemigo' (Maquiavelo).

VII

La subversión proletaria, cada vez que se desplegaba, se mostraba seguramente capaz de desorganizar la supervivencia, pero no de organizar la vida. Esta debilidad ya estuvo presente en el origen de la nueva época, en 1968, pero, en general, fue olvidada o minimizada. Sin embargo, el movimiento de las ocupaciones no había empezado a realizar más que una de las dos tareas de la revolución proletaria: La crítica en actos de todos los aspectos de la vida alienada. La otra, la reorganización de la vida social por la democracia directa de las asambleas de trabajadores, apenas fue encarada, y por muy poca gente. Así que el movimiento de Mayo no legó a la época revolucionaria que él mismo había inaugurado nuevos principios prácticos, apropiados para desarrollar unas necesidades y deseos más plenos que *excedieran* todas las satisfacciones autorizadas, sino solamente el recuerdo de un rechazo total, cada vez menos fácilmente practicable por sí mismo. Esto parecía suficiente entonces: Porque, al principio, aún está allí, presente al espíritu y en el corazón de tanta gente, todo lo que acaba de conmocionar el orden establecido. Se cree que pronto se reemprenderá el combate donde se ha detenido. Pero cuanto más va pasando el tiempo más difícil se hace recuperar la ocasión que parecía tan próxima. El gusto por la crítica se pierde, pues su empleo mismo se vuelve insípido. Lo que fue vivido tan intensamente se aleja en una deprimente representación. Tanto más deprimente cuanto la extensión de la contestación a todos los aspectos de la vida, la difusión de la onda de choque del rechazo, en ausencia de una perspectiva de superación, tiene por principal efecto modernizar la falsa

conciencia y los roles distribuidos por el consumo mercantil, sofisticar la aceptación. Un momento de la vida acaba de envejecer, y no se deja rejuvenecer por los colores abigarrados de su recuperación espectacular.

Lo que faltó inicialmente al nuevo movimiento revolucionario no ha sido conquistado en el curso de ulteriores tentativas. Su verdadera derrota está menos en su propia conclusión que en el hecho de no haber dejado tras ellas nada que sirva para *volver a apasionar* un programa de subversión total precisando sus medios cualitativos, los que contienen el movimiento del fin porque son ya el ejemplo de un uso más libre de la vida. Un potencial tan amenazante como para exasperar a sus enemigos debe procurar no cansar inútilmente a sus partidarios. El principal fracaso de un movimiento de crítica social que podía contar con el desprecio del trabajo practicado por numerosos proletarios es, pues, no haberse convencido a sí mismo por sus actos de su capacidad de organizar la vida sobre otras bases, y no haber sabido mostrar así al conjunto de los trabajadores lo que podían ganar dejando de serlo. Ciertamente, para poseer la conciencia de un cambio posible de la vida, hace falta rechazar ya radicalmente la organización existente. Pero para practicar este rechazo, también hace falta poder apoyarse ya sobre la consciencia de otra vida posible. Lo que en la realidad arruina esta circularidad tan formal, es el movimiento de la superación, la práctica revolucionaria, 'coincidencia de la transformación de las circunstancias y de la actividad humana o autotransformación', que es a la vez crítica práctica y producción de los valores positivos que la fundan. Es esta tensión entre exigencias aparentemente contradictorias la

única que puede constituir la fuerza cualitativa, la racionalidad pero también la poesía, de una actividad que tiene que revelar ante todos la existencia en la sociedad de la base material para una vida más plena.

La superación de la economía mercantil era puesta indiscutiblemente en el orden del día por la crisis objetiva de la misma, igual como forma general de las relaciones sociales que como apropiación de la naturaleza. Sin embargo, no llegó a ser subjetivamente una perspectiva positiva en la práctica de un movimiento revolucionario: Las aspiraciones que se expresaban en el rechazo del trabajo (por medio de la huelga, el sabotaje, etc.) no llegaron a plantear, a partir de ellas mismas, de su verdad subversiva, el conjunto de los problemas de la sociedad, a fin de romper los términos falsificados que impedían su solución. Han quedado, por tanto, prisioneras en el terreno del chantaje económico, en la confusión de este terreno. Si la cuestión de un nuevo empleo de la vida no es violentamente planteada por los trabajadores, la del empleo de los trabajadores por la organización existente de la vida está ahí para reprimirla. Así que la famosa 'crisis económica', tan traída y llevada, ha de ser comprendida, más profundamente, como un momento de la guerra social, *en el que se desnudaba* la base misma del funcionamiento de las leyes de la economía: 'La inconsciencia de los que forman parte de ella'. Es el medio por el cual todas las fuerzas de la inconsciencia, incluidas las que actúan en las cabezas de los proletarios, han buscado la perpetuación de su mundo. También es, por tanto, en términos de fijación neurótica, la repetición de una desgracia antigua, destinada a conjurar la incertidumbre del presente, los riesgos y las posibilidades de una realidad desconocida.

Por supuesto, esta *resistencia* del inconsciente social es, ante todo la resistencia de las clases propietarias y de todos los gestores de la inconsciencia. En el momento en que la sociedad descubría, a través de las luchas contra la mercancía abundante emancipada de las necesidades humanas, que la economía dependía de ella, se trataba de volverla a persuadir de que ella dependía de la economía: Así es como todos los dirigentes se han vuelto marxistas. Allí donde emergía el *yo*, el sujeto de la historia que juzga libremente su acción, había que restaurar la potencia del *ello* económico. La inteligencia que pueden poseer de esta necesidad los responsables de la economía se inscribe evidentemente en el cuadro del desarrollo espontáneo que induce a la tendencia fundamental del capitalismo a hacer dominar cada vez más el trabajo muerto sobre el trabajo vivo. Pero esta materialización de la economía autonomizada, cuando franquea cierto umbral, llega a ser ella misma el objeto de una gestión burocrática que programa su desarrollo; gestión que quiere tendencialmente fusionar, a través de las contradicciones y azares de las políticas locales, la burocracia de los *managers* y la burocracia de Estado, en un compuesto de proporciones variables, pero del cual el tecnócrata nazi al estilo de Albert Speer queda como el 'tipo ideal'. No es que la burguesía no pueda ya manifestar la menor independencia en relación con el Estado, es que ya no tiene necesidad, porque la *razón de mercado* ha llegado a ser íntegramente *razón de Estado.*

Esta gestión burocrática, con los fracasos desastrosos y los resultados catastróficos que la acompañan, triunfa al menos en el aspecto de que reproduce y extiende sin cesar las condiciones materiales de su dominación, porque no

necesita para esto de ningún cálculo estratégico, le basta con seguir su pendiente natural impulsando siempre más lejos su verdadera razón de ser, la desertificación de la vida. El sistema de la producción mercantil, habiendo experimentado su fragilidad frente a la subversión proletaria moderna, frente a las primeras luchas por la vida histórica generalizada, y también frente a la 'crisis de la energía' que sólo era un efecto particular de una gestión aberrante de los recursos naturales, ha reaccionado acelerando la edificación concreta de su reino independiente. Y, consecuentemente, la proletarización de la vida real. El capital ya no es entonces el invisible *Weltgeist* que empuja irresistiblemente a los hombres hacia algo que ni conocen ni han querido, es, directamente, en la vida práctica de cada uno, la autonomía fantástica de todas las condiciones materiales, 'el aplastamiento de la individualidad por la contingencia'.

La nuclearización y la informatización son en este momento los dos aspectos más manifiestos del desarrollo técnico determinado adoptado por una producción alienada que ha llegado a ser estrictamente *producción de la alienación*. Tanto en un caso como en el otro se ven recreadas artificialmente el equivalente de esas condiciones naturales que, con la necesidad del riego, favorecieron el nacimiento y desarrollo del despotismo oriental. Lo que ahora riega la sociedad desertificada y funda materialmente el poder de los especialistas de la supervivencia monopolizada, es la circulación de la energía y la de la información, precondiciones complementarias a la puesta en práctica del trabajo humano en su última forma histórica. Y esta sociedad enferma tiene que admitir, por tanto, que ya no puede sobrevivir más que

así, sometida a la maquinaria que hace latir el corazón de un mundo sin corazón, parecida en todos los aspectos a esos triunfos de la medicina moderna gracias a los cuales el organismo humano no es él mismo más que una prótesis de sus prótesis. Ya que no es la sociedad la que se ha emancipado de la economía, es la economía la que se ha emancipado de la sociedad.

VIII

El cumplimiento de este proceso a través del cual la cosificación mercantil alcanza su concepto expulsando definitivamente la actividad viva, y reduciéndola a la pura contemplación de su circulación, tuvo que tomar, en primer lugar, la forma de una reorganización en profundidad del trabajo industrial, dirigida a introducir progresivamente la automatización, neutralizando al mismo tiempo las energías humanas así liberadas, planificando la ausencia de uso de esa libertad. La destrucción del medio obrero, es decir, de las antiguas bases prácticas de una afirmación proletaria autónoma, fue durante veinte años el *Delenda Carthago* de todos los discursos innovadores del capitalismo tecnocrático; y, aunque haya sido tan abierta e ideológicamente afirmada (como fin del proletariado y de la lucha de clases), no correspondía menos a una necesidad real de la dominación capitalista, necesidad que tenía en la mitología de la integración su versión idílica. El capitalismo continúa su existencia revolucionando sin cesar los medios de producción, o sea, las relaciones de producción, o sea, el conjunto de las condiciones sociales; pero, al burocratizarse, intenta programar esta alteración permanente y planificar, con la ayuda de los sindicatos y de todos los agentes del control social, sus umbrales de tolerancia. Es forzoso constatar que, en *Europa occidental* ha conseguido, por ahora, descomponer activamente el medio obrero, desmoralizarlo y dividirlo, sin que éste haya logrado recuperar su tradición revolucionaria autónoma (la organización de los Consejos), lo cual, evidentemente, hubiera sido ejemplar para todos los trabajadores, para el conjunto del proletariado. El tiempo así perdido por la revolución ha

permitido al capitalismo continuar reorganizando el conjunto del trabajo social en función de los imperativos de su dominación. Todos los progresos de la alienación social se derivan de este hecho.

Las revueltas obreras de los años sesenta fueron, esencialmente, un resultado de la llegada a las fábricas de jóvenes generaciones de proletarios desprovistos de todo 'patriotismo de oficio' y una primera respuesta a la descualificación del trabajo. Vieron esbozarse la confluencia de las reivindicaciones tradicionales de la clase obrera en su resistencia a la explotación, y del rechazo moderno del embrutecimiento asalariado. La correlación de fuerzas (el debilitamiento de los sindicatos, etc.) bloqueó durante cierto tiempo la continuidad de la racionalización capitalista, pero, con el declive de las luchas, aquella recuperó su curso. Uno de sus aspectos principales es el traslado fuera de Europa, cuna del movimiento obrero, de importantes sectores de la producción industrial, exportados a lugares donde regímenes burocráticos o dictatoriales entregan a la explotación enormes yacimientos de fuerza de trabajo, sin tradición de lucha ni conciencia histórica. Otro, la institucionalización del *turn-over*[1], ampliamente practicado por los trabajadores jóvenes, quedando en cierto modo invertida la precariedad de la sumisión al empleador en sumisión a la precariedad del empleo. Es inútil entrar aquí a detallar una evolución cuyo principal resultado, en lo que concierne a la relación de

1. Táctica contra el trabajo que consistía en trabajar justo lo suficiente para cobrar una indemnización o acogerse al seguro de paro, con la idea de estar el mayor tiempo posible sin trabajar. La falta de trabajo y el endurecimiento de la legislación laboral acabaron con ella.

fuerzas en la guerra social, fue que el paro sirvió para dislocar las bases de la resistencia obrera; y, ante todo, la consciencia amenazadora de la crisis de la economía como crisis *de la vida* para todos los hombres, consciencia censurada bajo la presión de la crisis de la supervivencia impuesta a los trabajadores.

El primer efecto de esta presión del paro fue romper para siempre la alianza, que se había anudado efímeramente en los momentos más ofensivos de la subversión proletaria, entre los sectores obreros tradicionales, generalmente más sumisos a la influencia de las burocracias sindicales y de la ideología estalinista, y los trabajadores, más jóvenes o menos integrados, que expresaban una revuelta moderna. Esta acción de las separaciones dominantes (así sean socio-profesionales, raciales o se refieran a 'clases de edad') no ha de tomarse, sin embargo, como una explicación unilateral de la no cristalización de un proyecto unificador: Es, más bien, una de sus principales manifestaciones. Sólo la consciencia de perspectivas comunes, sobrepasando prácticamente las separaciones para atacar al mundo en su totalidad, es decir, al trabajo asalariado que constituye su base, podía impedir que aquellos que tenían todavía un empleo en la explotación recayeran para defenderlo bajo el control de los sindicatos, mientras los que no lo tenían caían, por una desastrosa fuga hacia adelante ideológica, en todas las ilusiones de esa marginalidad más a menudo impuesta que elegida; y que, incluso cuando era elegida, no ponía en peligro al sistema de ninguna manera, sino que constituía, más bien, una válvula de seguridad. Esas ilusiones, que van desde el uso alienado de drogas al terrorismo difuso, pasando por todas las tentativas

de construcción de un modo de vida sobre la base de la miseria, habrán destruido finalmente la conciencia de una generación rebelde, la que tenía veinte años al final de los años sesenta. Así que los que, en las fábricas, podían encontrar directamente los medios de su lucha, no los utilizaron o lo hicieron mal, y los que, fuera de las fábricas, querían luchar, no encontraron más que medios alienados: Los unos, que no supieron defenderse, fueron vencidos igual que los otros, que no supieron atacar.

Este resultado, enunciado así, toma el aspecto de una constatación esquemática, ya que, de hecho, se trata de una tendencia general cuya realización todavía se ha alcanzado desigualmente en Europa; pero es, sin embargo, la tendencia principal, la vencedora. Hemos visto desplegarse concretamente, en el espacio-tiempo de una sociedad, las contradicciones de la época en que la tentativa de construir el proyecto de una vida diferente había alcanzado la velocidad de la transformación efectiva del mundo que realizaba el movimiento autónomo de la economía y los Estados que la sirven. Esta época está ahora a punto de acabar, porque la transformación de las condiciones objetivas, la trasmutación mercantil de cada cosa particular, ese talento particular del sistema gracias al cual este mejora lo malo produciendo lo peor, obtiene resultados tan monstruosos, que cada individuo en su vida se ve, a propósito de las realidades más simples, obligado a pronunciarse sobre lo que existe y ya no sobre lo que podría existir.

La última oportunidad de proclamar una perspectiva de cambio revolucionario en Europa occidental, con

bastante fuerza para contrarrestar la perspectiva de cambio opuesta, la de las clases propietarias, se produjo en Italia. Lo que estaba en juego en esta primera época de la revolución proletaria moderna apareció allí bajo una forma particularmente clara, con todos los problemas que acabamos de evocar planteados concretamente por un movimiento de subversión más largo y más profundo que en ninguna otra parte antes. Este movimiento, nacido en 1968 y brevemente interrumpido por las bombas policiales de 1969, no hizo más que crecer en el curso de los años siguientes, sin que ningún aspecto de la vida cotidiana quedara fuera del alcance de su crítica práctica. Finalmente, fue vencido, y en gran parte por la artimaña del terrorismo. Pero no se debe sobreestimar el papel de las artimañas en los conflictos, porque no son útiles de forma duradera más que a los partidos vencedores.

A mediados de los años setenta, el Estado italiano, que nunca había sido fuerte ni íntegro, se había debilitado y corrompido aún más a fuerza de maniobras criminales improvisadas por sus servicios secretos, siguiendo la estela del éxito obtenido con las bombas de Milán: Las del Italicus en 1970, Brescia y Bolonia en 1974, cómodamente puestas en la cuenta de los neo-fascistas, ya que los neo-fascistas estaban dentro de los servicios secretos, demostrando *cómo y con quién* este Estado pretendía dominar todavía la sociedad italiana. Afortunadamente para él no contaba solamente con provocadores para luchar contra el partido subversivo de los trabajadores radicales, sino también, y con mucha más eficacia, con la ayuda indefectible de los estalinistas. Los cuales, comprometiéndose sin vacilar en esta historia sangrienta al

hacerse cada vez cómplices de la mentira oficial, pretendían sacar algunos beneficios gubernamentales, pero, para que eso llegara, pasara lo que pasara, tendrían que combatir *por sí mismos* a un movimiento que escapaba ampliamente a su control. Este vasto partido informal de la subversión, fuerte en las fábricas por una rica experiencia de lucha y un odio social que, atizado por las primeras tentativas de reestructuración capitalista, limitaba las posibilidades de recuperación sindical, era engrosado en la calle por todos aquellos que habían sido ya marginalizados por el paro y la represión del absentismo y de la indisciplina obrera. Avanzando al ritmo de su conciencia práctica hacia sus medios radicales, hacía planear la amenaza de una escisión en la sociedad tanto más desfavorable para los partidarios del poder cuanto que este se había vuelto, por sus excesos, más despreciable que temible.

En semejante proceso de ofensiva prerrevolucionaria, todo el que se separa del movimiento social para practicar en el secreto jerárquico la violencia armada precipita la llegada del momento en el que cesa la formación de los partidos antagonistas y ya no se trata para cada uno de ellos más que de la destruccción del otro. Por su parte, el Estado tiene interés en provocar cuanto antes mejor la lucha violenta, porque dispone de todas sus fuerzas mientras las de su adversario han de crecer. La rémora leninista, que no había sido suficientemente denunciada y combatida, favoreció la emergencia de un terrorismo fácilmente infiltrable y manipulable, y permitió providencialmente al Estado dosificar la tensión para sondear la capacidad de respuesta de su enemigo y preparar la contra-ofensiva.

La última ocasión de escapar de esta trampa la ofreció el año 1977. La oposición irreconciliable de todos los rebeldes que habían producido diez años de luchas sociales se manifestó abiertamente, y los estalinistas fueron tratados esta vez como lo que son: Los sostenedores más abyectos de esta sociedad repugnante. Este movimiento presentó a todos los obreros de Italia la posibilidad de una elección decisiva, por la cual hubieran dejado de ser solamente *malos obreros,* pero, después de un momento incierto, retrocedieron: Sin embargo, sólo ellos podían, por la huelga general, abrirle su terreno de acción revolucionaria rompiendo de forma duradera la reproducción cotidiana del embrutecimiento asalariado y creando las condiciones del diálogo en que todo se vuelve tema de discusión, empezando por el buen uso de la violencia. También las componentes más irrealistas y más desesperadas del movimiento se encontraron en la calle *al descubierto.* Al Estado todavía le era bastante fácil darles caza, pero lo que necesitaba era acabar con toda posibilidad de retorno de la agitación. Lo hizo con sus medios habituales, los estalinistas y el terrorismo, que encontraron en el fracaso del movimiento y en el desconcierto que siguió las condiciones de su eficacia.

En Febrero de 1978, los sindicatos, condenando las huelgas y el absentismo, se comprometieron en hacer volver a los obreros al trabajo. Hacía falta un pretexto para golpear por doquier a la subversión fuera de las fábricas y proporcionar a los estalinistas la justificación que les permitiera cumplir plenamente su papel de delatores: Este fue el secuestro y asesinato en marzo de Aldo Moro por las Brigadas Rojas. La ejecución de Moro ciertamente tuvo

lugar por instigación de una fracción del Estado, la cual pudo aparecer *a posteriori* como la más lúcida en cuanto a la manera de llevar a los estalinistas al huerto y no más lejos, pero no sólo le fue útil a esta fracción: Fue el poder del Estado como tal, y ninguno de sus partidarios se llamó a engaño en esto, quien sacó provecho de la nueva escalada en el espectáculo de la guerra civil posible, reduciendo a la población a la condición de público, asqueado y escéptico, pero sobre todo pasivo, de una historia que se le escapaba. A este nivel, la cuestión del grado exacto de manipulación de un grupo como las Brigadas Rojas (cuya acción, sea cual sea la parte de los fanáticos arqueoestalinistas y la de los agentes infiltrados por el Estado, es íntegramente contrarrevolucionaria) pierde interés: La manipulación más profunda y más verdadera es, en una escala completamente distinta, la que controla todos los medios de información, gracias a lo cual sólo aparece la explicación de la realidad autorizada por el Estado. La manipulación de la representación de la realidad contiene, sin embargo, la manipulación de la realidad misma como uno de sus momentos necesarios. A este respecto, el número de 'arrepentidos' entre los temibles brigadistas basta para hacerse una idea de la seguridad de su organización. Incluso pueden terminar, cuando no vuelven al redil de la Iglesia, como consejeros técnicos de una película sobre el caso Moro; lo cual no les ayudará, sin duda, a volver más convincente lo que en la realidad ya parecía una mala película.

Ciertamente, con el terrorismo, el Estado no consiguió de la población un apoyo positivo, pero, al menos, obtuvo su neutralidad en la lucha brutal contra la subversión que era su

verdadero fin, y con eso le bastaba y le sobraba. Al precio de algunos centenares de muertos (la bomba de Bolonia vino oportunamente a relanzar el espectáculo del horror) y de algunos miles de presos políticos (las detenciones que empezaron con el asunto Moro continuaron durante los cuatro años siguientes), el Estado no solamente consiguió vencer la ofensiva que le amenazaba, sino también paralizar la capacidad de resistencia de los trabajadores, abriendo así el camino a la tan esperada reestructuración económica. Como decía el mismo Moro durante su secuestro: 'Después de algún tiempo la opinión pública comprende'; pero para el espectáculo cualquier verdad vale si se dice *cuando su tiempo ha pasado:* Puede entonces venir a integrarse en la reescritura de la historia sin que él deje de reinar sobre un eterno presente. Desde entonces, en Italia se sabe todo, sobre la logia P2, la Mafia, el Vaticano o los servicios secretos, pero esta verdad es inútil porque la única fuerza que podía aprovecharla para hacer de ella una *verdad práctica,* una exigencia concluyente sobre lo esencial, ha sido vencida.

IX

El laboratorio italiano de la contrarrevolución ha permitido así demostrar experimentalmente qué inmenso campo de aplicación encontraban bajo el capitalismo moderno las técnicas de la mentira estatal puestas a punto en la Rusia estalinista, tanto más eficaces aquí, donde la pasividad no se logra por el terror policial, sino por la mercancía y la información abundantes. Que no existe hoy en día nada semejante a una opinión pública democrática, el Estado italiano lo ha probado irrefutablemente acumulando bastantes exacciones y abusos como para hartar al menos exigente de los ciudadanos de una democracia burguesa, y provocar el hundimiento electoral de todos los partidos comprometidos, es decir, de todos los partidos. Enunciar tal hipótesis basta para demostrar su escasa realidad y para sacar a la luz la impunidad de la que gozan los dirigentes, la libertad ofrecida a la arbitrariedad estatal por la descomposición de todo juicio y de todo debate político. La lección no ha dejado de ser comprendida, y, después, hemos visto a todos los estados rivalizar en audacia para recordar a sus administrados cuánto ha simplificado la democracia moderna el uso de sus derechos, liberándoles de la preocupación de tener que pronunciarse sobre cualquier cosa importante.

En el curso de esta *estalinización del mundo* hemos asistido igualmente a la dimisión vergonzosa de los intelectuales ante el desarrollo totalitario de la mentira de la comunicación unilateral. De manera verdaderamente orwelliana, su denuncia de un totalitarismo estalinista *irreal* ha sido la expresión ideológica de su contribución a la estalinización

real. Fue esta una lucha heroica que acosó hasta los rincones históricos más desatendidos a los gérmenes de la peste totalitaria: No se olvidó nada ni a nadie, y nuestros doctores en antiestalinismo establecieron que cualquier pensamiento o actividad revolucionaria (puede que hasta simplemente cualquier pensamiento o actividad históricas) contiene el totalitarismo, el Gulag y la GPU como consecuencia obligada. Platón, Saint-Just, Bakunin… vale cualquiera. La base inquebrantable de todos sus silogismos es la identificación de la revolución con el terrorismo y por tanto con el estalinismo. Y se puede decir, en efecto, que nunca se han comprometido con la revolución, puesto que no han enunciado nunca públicamente la más mínima duda sobre el origen del terrorismo.

Lo que se expresa en esta especie de escritura automática de la inversión espectacular es simplemente que el estalinismo —incluidas sus diversas variantes exóticas— ha dejado por completo de poder aparecer como un modelo revolucionario, y hasta como un rival del sistema occidental de explotación. Así pues, a un nivel vulgarmente sociológico, podemos contentarnos con ver, en la promoción de una nueva generación de intelectuales sumisos, el reciclaje de su arrivismo tras el fracaso del izquierdismo. Mientras tanto, la renovación ideológica en la cultura espectacular —con el reclutamiento como suplentes de la mentira de todos aquellos que esperan desembarazarse de su mala conciencia rompiendo con *la imagen* de la revolución—, esa confianza ganada por la apología indica más profundamente que el estalinismo, allí donde no es propietario de la sociedad, ha terminado de cumplir su función contrarrevolucionaria en

este siglo ayudando a vencer las primeras tentativas de afirmación autónoma del proletariado moderno.

En todos los países donde la transformación capitalista del aparato productivo, y ante todo la de la más grande de las fuerzas productivas, el proletariado, está ya en marcha, la representación obrera que tenía en el estalinismo su ideología y su modelo sólo puede representar a una fuerza de trabajo en liquidación. Y aunque debe defender los sectores industriales condenados para salvar su base social, no puede llegar a combatir realmente la racionalidad económica que preside todo eso. En cuanto a los mismos obreros que el capitalismo pone en liquidación junto con las fábricas, parece imposible que logren organizar una crítica práctica abriendo nuevas perspectivas, cuando sus acciones desesperadas están más aisladas que nunca. Su única oportunidad estaría en una alianza autónoma con los parados, ese ejército de reserva de la revolución, y con los trabajadores de los sectores modernizados; pero las bases prácticas y teóricas de tal unificación faltan hoy en día cruelmente.

La destrucción del medio obrero en los países donde reinan las condiciones del capitalismo más moderno no significa, evidentemente, salvo para los antiguos obreristas decepcionados, la desaparición del proletariado: La expropiación de la vida existe, la lucha de clases también. El sistema de la falsificación procede simplemente con este lado concreto de la crítica de la economía —el proletariado— como hace con otro, la polución: No pudiendo suprimirlo, lo maquilla, busca volverlo invisible, y en primer lugar, *invisible a sí mismo*. En este proceso, el proletariado pierde algunas

de sus ilusiones, pero adquiere otras. Corresponde a la crítica revolucionaria *desesperar* a todos los trabajadores a los cuales se pretende dar una ilusión de promoción jerárquica cuando se les hace pasar de una máquina a un monitor (es decir, más a menudo todavía, cuando les ponen directamente en las condiciones de servidumbre a las máquinas de la economía independiente donde se pierden, ante los mismos monitores, tanto la actividad del trabajo como el relax del ocio). Pues son, desde luego, proletarios, esos asalariados que no tienen ningún poder sobre la programación de su vida, aunque todavía no lo sepan. Aquí el hombre se ha perdido a sí mismo más radicalmente que nunca, pero todavía puede adquirir la conciencia teórica de esa pérdida.

X

Las burocracias estalinistas asociadas a la gestión de la primera fase del capitalismo moderno han combatido la autonomía obrera hasta el final; y como suele ocurrir habitualmente en estas circunstancias les llegó el turno de ser barridas. Por un ardid de la historia constituido por una manifestación particularmente significativa de las contradicciones que continúan corroyendo el mundo de la mercancía, es allí, donde la clase burocrática está en el poder como relevo local del poder planetario del capital, donde la autonomía obrera sigue activa y conserva sus perspectivas. Pero, así como ella es, para la nueva protesta que se reconstruirá en occidente sobre el programa de la suspensión de la producción antihistórica, el recuerdo vivo del pasado revolucionario que esta ha de *realizar*, no podrá comprender su propio alcance ni poseer su conciencia total si no es apropiándose de la crítica de la economía más acá de la cual se ha detenido hasta hoy.

Durante el verano de 1980, los obreros polacos comenzaron su revolución, que no podía llevarse a cabo más que con la destrucción definitiva del poder burocrático. Los primeros en la historia de los países sometidos a la dominación totalitaria que han conseguido organizar los medios autónomos de comunicación y de clarificación de su proyecto sin ser inmediatamente vencidos en el aislamiento, y han instalado en la sociedad polaca una línea de demarcación duradera entre el monólogo de la mentira estatal y los partidarios de la verdad por el diálogo social. Desarmada como nunca frente al poderío militar del viejo invasor ruso,

rodeada como siempre de la hostilidad de los Estados europeos unidos en el apoyo al *statu quo* y aislada en relación a los proletarios de otros países como ninguna insurrección polaca del siglo pasado, la revolución de 1980-1981 representa el punto más alto alcanzado por la subversión proletaria de nuestra época en la búsqueda de sus medios, aquel donde estuvo más cerca de triunfar. Mediante el escándalo de sus dieciséis meses de existencia, ha mostrado la verdad de la usurpación burocrática, y la fragilidad de un sistema de opresión donde la arbitrariedad se mide por la sumisión de aquellos que está obligada a representar. Pero la más bella victoria del proletariado polaco, ha sido restablecer en nuestro tiempo la juventud del proyecto revolucionario de una sociedad sin clases, haber refrescado la memoria histórica de todos practicando la suya, que desde 1956 no había perdido nunca. No hay nada decidido, la suerte de este mundo todavía está en juego.

La magnífica reacción en cadena de las huelgas de Agosto de 1980 tomó de tal modo la delantera al poder que en pocos meses la sociedad entera se sublevó contra su representación burocrática. La libertad de discusión sobre todo lo que merece ser discutido era el programa mínimo de este movimiento social. Es este programa explícito el que hizo de la revolución polaca una revolución moderna situando en su centro la exigencia de verdad; y el medio que se empleó para realizarlo, la organización de los delegados de Solidaridad, fue el que la convirtió en heredera de todas las revoluciones proletarias del pasado. Solidaridad fue la organización de la sociedad en revolución, como lo había sido la CNT en la España de 1936, para lo mejor y para lo peor. Y

las críticas que se hagan a esta organización hay que hacérselas al proletariado que la creó tal como fue y no de otra manera.

En esta revolución que ellos mismos llevaban a cabo, los trabajadores tenían que reinventarlo todo a partir de nada. Al principio, no conocían más que un solo enemigo, la burocracia estalinista, y tuvieron que aprender a conocer, en el curso de su lucha, a todos sus falsos amigos. No hay que extrañarse pues de lo que pudo frenar desde dentro el avance de la revolución polaca, sino más bien de que, a pesar de todo, consiguiera llegar tan lejos. Es cierto que siempre se aceptó a la Iglesia como protectora de la unidad del movimiento y que, a partir de esa posición, pudo apoyar, directamente o a través de sus 'expertos', a la tendencia reformista, esto es, derrotista, en Solidaridad. Cierto es que los intelectuales opositores reunidos desde 1976 en el KOR[2], cuando la victoria de 1980 había creado condiciones enteramente nuevas, continuaron defendiendo una perspectiva de compromiso perfectamente irrealista. Sin embargo, todo eso fue objeto de un debate permanente en el interior de Solidaridad, donde numerosos delegados tomaron posiciones más realistas y más radicales. Y los proletarios no podían sacar la inteligencia histórica más que de esa experiencia directa de una lucha que les confrontaba cada vez con las consecuencias de sus opciones.

Al principio del año 1981, el poder burocrático, habiendo tenido que renunciar a una intervención militar y no pudiendo ganar más tiempo mediante nuevas

---

2. Comité de Defensa Obrera.

concesiones, decidió sondear el estado de la correlación de fuerzas: Fue la provocación de Bydgoszcz. En respuesta, los trabajadores se prepararon activamente para la huelga general *ilimitada* prevista el 31 de marzo. Pero Walesa logró, en el último momento, obtener su suspensión. Lo más grave no fue ese retroceso sino la manera en que fue arrancado, mediante negociaciones secretas y el abuso de poder característico de un delegado actuando sin mandato; y no importaba tanto que los trabajadores perdieran así la iniciativa en su lucha contra la burocracia, porque siempre podrían reconquistarla, sino que la perdieran dentro de su propia organización. Walesa había sido, como todos los moderados que encarnan ese primer momento de unidad eufórica de una revolución, un bien pasajero y un mal inevitable del que con el tiempo había que desembarazarse. El 30 de marzo había llegado el momento de hacerlo y, al no reconocerlo, dejándole mofarse de las reglas democráticas que se habían dado ellos mismos, los trabajadores revolucionarios abandonaban una parte de su poder en manos de una delegación incontrolada cuyos intereses separados y la política llevada en consecuencia iban a oscurecer posteriormente las necesidades de la lucha.

Porque todo continuaba: En otoño, un poco por toda Polonia, unos 'comités sociales' se encargaban de la producción y la distribución, instalando una nueva legalidad contra la burocracia. Y los delegados de Lodz anunciaban que el 21 de diciembre todos los trabajadores de la región entrarían en huelga activa y organizarían guardias obreras para su autodefensa. Esta decisión precipitó la prueba de fuerza y la conclusión provisional del 13 de diciembre: El orden

burocrático fue restablecido al menor coste, porque la confusión y el desconcierto provocados por las maniobras dilatorias de la mayor parte de los responsables de Solidaridad impidieron que el *pronunciamiento* de Jaruzelski fuera vencido inmediatamente, pero con un resultado mínimo, en vista de todo lo que tenía que reconquistar. Los trabajadores escogieron la vía de la resistencia pasiva, pero después continuaron avanzando, gracias a sus organizaciones y a sus publicaciones clandestinas, en la conciencia de su tarea histórica inalterada. Desde entonces la suerte de la revolución polaca depende más que nunca de lo que haga el proletariado ruso, pero lo que ha hecho ya constituye la construcción más importante de un movimiento antiburocrático generalizado.

En cuanto a Francia, país donde el internacionalismo es más fácil de practicar, la revolución polaca ha sido el *momento de la verdad* para todos aquellos que se dicen partidarios de la revolución moderna y de las ideas a través de las cuales ha comenzado a enunciar sus fines. Es verdad que la mayoría no han utilizado estas ideas más que para juzgar al movimiento polaco y no para intentar acudir en su ayuda. Pero de todos modos, han sido reducidos a la reacción del golpe por golpe, sin poder romper el mecanismo espectacular lo bastante bien instalado hoy en día como para manipular la realidades como *stimuli,* acontecimientos que son contemplados con indignación, entusiasmo o cólera, poco importa, pero siempre como exteriores. Esta dependencia vis á vis de las mediaciones espectaculares ha culminado en una especie de perfección, y, cuando el olvido y el silencio han sucedido a la conspiración del ruido, contemplábamos

que una vez más no había habido ningún proceso acumulativo, que la 'solidaridad' con la revolución polaca no había producido ninguna demarcación duradera, ningún terreno de acuerdo para un reagrupamiento antiburocrático, fuera cual fuera.

Igual que pasan la época y la oportunidad, la posible confluencia entre el pasado de las luchas obreras (el ejemplar esbozo de los medios autónomos de la revolución proletaria) y la nueva revuelta nacida espontáneamente del suelo de la sociedad del espectáculo (la crítica del trabajo, de la mercancía y de toda la vida alienada), confluencia por un momento cercana en algunos de los países desarrollados, deja de poder ser considerada y esperada como resultado inevitable del proceso objetivo de las condiciones dominantes: Pasa a ser, en la memoria y en la conciencia, la tarea de una nueva época donde la división mundial del trabajo represivo recurre a todo para que prescriba como deseo y como posibilidad. Cuando la fuerza de unificación práctica por 'el movimiento real que disuelve las condiciones existentes' desaparece de la vida social, reaparece entonces la necesidad de una teoría crítica unificada.

La presente organización de la confusión y de la amnesia, de la ignorancia por el bombardeo de informaciones, ha logrado impedir que la revuelta empezada en la juventud se convirtiera en un fenómeno acumulativo e incluso que presentara un carácter cíclico; los adultos de hoy, si no se han suicidado o desintegrado en la locura o en la droga, están, en general, resignados. Y quienes no son todavía adultos —si es que alguien puede serlo en esta sociedad del

infantilismo prolongado— se dan por satisfechos, en su aplastante mayoría, con modos de expresión programados de la insatisfacción. Por otra parte, y esto es para el enemigo un éxito de mayor alcance, la penetración intensificada de la producción mercantil que determina y sostiene todo lo precedente está en camino de descomponer todo lo que en la vida de los individuos serviría aún de base para una reanudación de la crítica práctica: Lenguaje, comportamientos, terrenos urbanos, memoria, todo lo que era como una retaguardia de la revolución en la clandestinidad de la experiencia cotidiana es sometido metódicamente al tiro cruzado de la destrucción y la recuperación.

Sin embargo, en el mismo movimiento, la racionalidad mercantil, volviéndose totalitaria y cada vez más visiblemente, por tanto, sinrazón práctica, se hunde inexorablemente en el horror de sus resultados incontrolados. Y, para quienes ya la combatían cuando tenía mejor cara, para quienes, desertando de las fábricas o de la cultura, se reencontraron en ese momento de la historia universal en que la perspectiva de la revolución social volvía a situarse en el centro del mundo y servía de medida a cualquier cosa, para quienes han visto entreabrirse la puerta del palacio cerrado del tiempo, y no lo olvidarán nunca, los diez años transcurridos desde que la revolución portuguesa parecía anunciar la extensión a toda Europa de la subversión de 1968, no habrán sido más que el precio inevitable del conflicto en el que eligieron participar personalmente, precio que pagan también, y más duramente, quienes no lo hicieron.

Le correspondía a Francia, donde nació esa nueva juventud de la revuelta, ver realizarse su negación más explícita. El miterrandismo, presentado como la 'victoria de Mayo del 68', es efectivamente la victoria de la contrarrevolución más moderna, la que en 1968 tuvo que dejar al gaullismo ejecutar el trabajo que todavía no era capaz de llevar a cabo ella misma. En 1984, un recuperador tan avanzado como Attali es el pensador titular de Miterrand, un antiguo burócrata izquierdista como July dirige el diario oficioso de la izquierda tecnológica y un antiguo recogemigas del confusionismo maoísta como Castro es el encargado de humanizar la lepra urbanística de los suburbios[3]. En 1984, los 'situs' están en todas partes, pero son los ordenadores los que emiten las indicaciones sobre las condiciones de circulación en un París destruido, realizando así un programa exactamente inverso a aquel de la deriva que había propulsado a otros situs hacia un proyecto de reconstrucción del mundo. En 1984, el asesinato de Gerard Lebovici, editor de George Orwell, entre otros, y la campaña de delación lanzada en la ocasión contra Guy Debord, muestran que la liquidación de la crítica social está en el orden del día, y pasa eventualmente por la de sus raros partidarios declarados. Aquí, como en materia de alimentación o de hábitat, se trata de *suprimir el punto de comparación,* para que el monopolio restaurado de la expresión social no tenga que temer una reactivación de aquello que por un momento le hizo frente.

Sobre este punto como sobre todos aquellos donde se realiza su programa, el enemigo nos muestra suficientemente, en

---

3. N del T: mirar en la página 70 .

negativo, lo que tenemos que llevar a cabo para defender las oportunidades de un pensamiento y una vida libres. Si hemos intentado hacer esta *Historia de diez años*, no es para deshacernos del pasado, sino para salvar las posibilidades que contenía. Hoy en día, muchos individuos que se habían reconocido en esas posibilidades vagan, sin haber renegado de ello, en el 'laberinto de turbación y de resentimientos cuyos rodeos prolonga indefinidamente la suspensión de una revolución inacabada'.

Para salir de los laberintos hay momentos en los cuales se puede pasar a través de los muros, y hay otros en que los muros son demasiado sólidos, y hace falta que la memoria consiga reanudar el hilo del tiempo, para recobrar el punto de vista central desde donde pueda descubrir el camino.

Más allá comienza la reconquista de una capacidad de juicio crítico que responda, sobre todos los hechos constatables, al envilecimiento de la vida, y que precipite la escisión en la sociedad, preliminar de una revolución, sobre la cuestión histórica por excelencia, *la cuestión del progreso.* Sin duda, somos asombrosamente incompetentes para restablecer la verdad de los hechos sobre todos los aspectos de una producción que se nos escapa, justamente porque se nos escapa. Pero aquellos que poseen las competencias necesarias muestran suficientemente *al servicio de qué las ponen* para que no nos sintamos obligados a tener demasiados escrúpulos. Esperamos llegar a traer al mundo, a través de una investigación metódica, la verdad de los hechos que hoy es totalmente escandalosa, pues no hay ningún detalle de la producción material sobre el cual ésta no deba mentir para

mejor ocultar que no domina en absoluto sus consecuencias. Considerando todo lo anterior, se comprenderá que no llevemos la modestia hasta creer de poca importancia nuestra tarea.

* *Nota del traductor:*

Jacques Attali, consejero de Estado con Mitterrand. Serge July, director del diario 'Libération'. Roland Castro, urbanista del poder, responsable del plan mitterrandista de remodelación del extrarradio de París, 'Banlieues 80'.

Postfacio a la

‘Historia de diez años’

La ‘Historia de Diez Años’, publicada por el grupo de la *Encyclopédie des Nuisances* (EdN) en febrero de 1985, quiso ser el balance de la ‘primera época de la revolución proletaria moderna’ comenzada en 1968. Para la EdN el proletariado había logrado poner en crisis al sistema de dominación en varios países, pero se había detenido ante la magnitud de la tarea histórica que las consecuencias de su acción planteaban, permitiendo que dicho sistema se modernizase y pasase a la carga, descomponiendo los medios obreros e imposibilitando el contraataque. La EdN trataba de analizar a fondo esa derrota que tras de sí no dejaba ni líneas de demarcación con el enemigo capitalista, ni ‘conclusiones generales irreversibles’. A medida que la dominación espectacular ocupaba el terreno social se degradaban las ‘condiciones subjetivas de la revolución’ y la alienación hacía estragos. Con el territorio del combate se perdía la memoria, y con la memoria, la misma idea de un proyecto de organización social autónomo. Esa crítica sin concesiones permitió una lucidez con la que se pudo no sólo diagnosticar el ‘mal’ de la época, sino buscar un antídoto. La EdN tomaba distancias con los grupúsculos izquierdistas y prositus que, identificados con un proletariado abstracto y confiando en la próxima aparición de unas ‘condiciones objetivas’

revolucionarias, creían ahorrarse el trabajo de conocerlo y de apoyarlo, manteniéndose en compás de espera. Pero también las tomaba, en ese punto al menos, con la I.S., que había justificado su disolución de manera triunfalista: la I.S. no era necesaria porque los situacionistas estaban en todas partes. La EdN partía del extremo opuesto: como demostraba el reflujo post mayo 68, el proletariado situacionista que volviese superflua la reflexión teórica no existía. Es más, puesto que la fusión de conciencia histórica y revuelta contra la sociedad del espectáculo ya no podía aguardarse como resultado inevitable de las condiciones dominantes, había que incidir en la citada reflexión y trabajar en pro de 'un punto de vista crítico unificado' que abriese perspectivas de superación. Para ello la EdN actuaría del siguiente modo: en lugar de dar a conocer una nueva teoría general crítica de la sociedad, procedería a una actualización de dicha crítica mediante su relación con hechos concretos de descontento, protestas contra la 'nocividad'. Así pensaba continuar la sentencia de este mundo pronunciada por la teoría revolucionaria del periodo precedente, es decir, por la teoría situacionista.

Por 'nocividad' —*nuisances*— la EdN entendía no solamente los diversos excesos del sistema productivo, el carácter nocivo de sus productos o los factores 'técnicos' que amenazaban la vida de las personas, sino el hecho de la separación real entre los individuos y los resultados de su actividad, responsable de la existencia execrable de especialistas[1]. El origen del concepto y el punto de partida enciclopedista hay que buscarlo en las 'Tesis sobre la I.S. y su tiempo', concretamente en la tesis 17:

1.'Discurso preliminar', Encyclopédie des Nuisances, nº 1, París, noviembre de 1984.

'La polución y el proletariado son hoy los dos lados concretos de la crítica de la economía política. El desarrollo universal de la mercancía ha quedado completamente verificado como realización de la economía política, es decir, como 'renuncia a la vida'. Cuando todo entra en la esfera de los bienes económicos, sea incluso el agua de las fuentes o el aire de las ciudades, todo se convierte en mal económico. La mera sensación inmediata de nocividad [nuisances] y de peligro, más opresiva a medida que pasan los trimestres, al agredir principalmente a la gran mayoría, es decir, a los pobres, constituye ya un inmenso factor de revuelta, una exigencia vital de los explotados, tan materialista como lo fue la lucha de los obreros del XIX por la comida...' [2]

A lo largo de su trayectoria la EdN trataría de mantenerse en esa línea marcada por la crítica situacionista tardía al tiempo que rompía con el supuesto básico del obligado devenir revolucionario de 'la clase de la conciencia'. Si bien el carácter esencialmente nuevo de su trabajo crítico le alejaba del punto de vista de la I.S., el extremismo coherente de la teoría situacionista le devolvía a la ortodoxia. Algo que disgustaba al excolaborador y enemigo oculto de la EdN, Guy Debord, quien escribía a su factotum Martos a propósito del número 12 de la revista: *'En este número se cita a la I.S. más que en los once precedentes...'* [3] En esa tesitura, las viejas verdades de los sesenta a los ojos de la EdN continuaban

2. 'La Verdadera Escisión en la Internacional, circular pública de la Internacional Situacionista', París 1972. Existe una traducción española editada por Literatura Gris.
3. Carta del 29 de febrero de 1988, en 'Correspondance avec Guy Debord', París, Le fin mot de l'Histoire, 1998. No deja de sorprender que Debord captase la novedad del trabajo enciclopedista mejor que la EdN y la aprovechase para escribir sus 'Comentarios', en donde partía de la victoria total del espectáculo olvidando su opinión de 1972, totalmente opuesta. La afirmación no es nada gratuita y espero verla corroborada algún día con la publicación íntegra de la correspondencia entre Debord y la EdN, representada por Jaime Semprún y Christian Sebastián.

siendo válidas en los ochenta, posición no exenta de contradicciones, que se intentaban resolver en el plano teórico: Así pues, la destrucción de los ambientes obreros no significaba la desaparición del proletariado, 'la mayor de las fuerzas productivas', ya que 'la expropiación de la vida existe, la lucha de clases también'. Tales conclusiones, puestas en entredicho por el desarrollo tecnológico y la atomización social que remataron la derrota proletaria, y por el carácter irreversible de la misma derrota, eran nuevamente afirmadas cinco años después en un texto similar a la 'Historia de Diez Años', titulado 'Ab Ovo'[4]. El nuevo balance sin embargo adelantaba que el proyecto revolucionario del proletariado no podía basarse en la apropiación de los medios de producción, sino en su *detournement* por los trabajadores, puesto que eran inservibles para la construcción de una vida libre, sino en su íntegra transformación. Desde el mismo 'Discurso Preliminar', es decir, desde el principio, la EdN se había adherido a la crítica antindustrial, y pregonaba el desmantelamiento del aparato productivo como tarea histórica del proletariado revolucionario. Había sabido servirse de lecturas de algunos autores intelectualmente honestos, alejados del medio radical pero sagaces en el desarrollo de dicha crítica (Ellul, Charbonneau, Mumford, etc.). Siguiendo el camino señalado por Hannah Arendt[5] , la EdN califica a la sociedad como sociedad de masas atomizadas y a la democracia espectacular la tildaba de sistema totalitario de

4.'Ab Ovo' ('En el Origen'), Encyclopédie des Nuisances, nº 14, París, noviembre de 1989. Existe en español una edición casera de la primera parte hecha por mí que va circulando.
5. 'El Sistema totalitario', Hannah Arendt, Nueva York, 1951. Publicado en España por Alianza Editorial.

nuevo cuño, sin terrorismo policial ni partido nazi, todo lo cual difícilmente ligaba con el concepto habitual de proletariado, elemento típico de una sociedad de clases, completamente diferente de la contemporánea. Pero la existencia del proletariado quedaba garantizada por una nueva definición: era el sujeto de las luchas contra la nocividad, aquellas que los ideólogos de la dominación llamaban luchas 'en defensa del medio ambiente' o luchas ecologistas. Habiendo desaparecido de las fábricas la lucha de clases, sobrevivía bajo esta nueva forma. Los rescoldos de la contestación antinuclear y la crisis general de la burocracia, manifiesta en el derrumbe del sistema soviético, la revuelta china y los estimulantes retrocesos del partido estalinista polaco, incitaban al optimismo, pero con eso o sin eso la EdN se mantenía en sus trece, confiando en la posibilidad de la formación colectiva de un punto de vista crítico en las luchas contra los fenómenos nocivos, y aunque ya no contemplara la teoría situacionista como 'la expresión general y nada más del movimiento histórico real', la consideraba 'un mínimo' al que había que reforzar y desarrollar. Ese ir y venir a la I.S. fue típico de la EdN en todos sus momentos. Era capaz de plantear la cuestión social en sus coordenadas históricas reales incluso de proporcionar a la época algunas ideas inaceptables, pero el prestigio de la teoría más radical de su tiempo podía más que su empeño. Para los miembros de la EdN la teoría situacionista no era un saber acabado propio de una época pasada, con méritos enormes pero en proceso de recuperación por el sistema dominante, sino, como diría Hegel, una teoría válida que, al ser cronológicamente la última, resultaba de todas las precedentes y contenía todos sus principios. Si bien pueden rastrearse en todos lo números de

la revista elementos de una crítica objetiva *distinta*, y así lo comprendieron y lo denunciaron sus enemigos, el único análisis crítico que llegó a emitirse expresamente fue en gran parte *ad hominem*; se refería a la práctica de la I. S. y no a las lógicas insuficiencias de índole teórica que podían hallarse frente a una situación completamente nueva[6]. La nocividad quedó definida como la última contradicción entre las fuerzas productivas y los medios de producción y la lucha contra la nocividad fue convertida en un trasunto de la lucha de clases. Con esa operación de salvamento por transferencia se soslayaba la evidencia de que si el movimiento obrero clásico había periclitado, las luchas posteriores sufrirían las consecuencias de la derrota y serían necesariamente débiles y limitadas. No podía reconstituirse una clase casi *ex nihilo* y mucho menos convertirse en la fuerza central que pudiera paralizar a la sociedad. Lo que en '*Historia de Diez Años*' eran contradicciones menores, en 'Ab Ovo' se habían convertido en trabas ideológicas. Del error se saldría con la práctica (los enciclopedistas siempre fueron más activistas que teóricos), pues pronto se comprobó *en directo* que las luchas contra la nocividad eran fácilmente recuperadas por los ecologistas, los políticos locales y los representantes municipales, no permitiendo sus protagonistas que la menor crítica revolucionaria se les acercase, prueba de la falta absoluta de conciencia de clase en la crisis territorial y ambiental. Por supuesto que existía el proletariado, puede que más que nunca, sólo que no en forma de clase. Al estar disperso en una sociedad de masas no existía 'para sí', desconocía su verdad y no estaba en condiciones de extraerla de ninguna

6. 'Abrégé' ('Resumen'), Encyclopédie des Nuisances, nº 15, París, abril de 1992. Hay una edición castellana de Literatura Gris.

lucha. Los individuos proletarizados, expropiados, se hallaban encerrados en las miserias de su vida privada, y esa reclusión voluntaria era tan profunda que ningún interés general, ni ningún interés de clase, podían cristalizar a partir de muchos particulares. El gran éxito de la dominación era la *separación total* de los individuos, la base del capitalismo moderno y del fascismo político. La nueva 'clase obrera', el proletariado que sufre la nocividad y lo sabe, no podía ser otra cosa que la negación abstracta de la renovada y transformada clase dominante, pero de ningún modo un sujeto histórico real. No se había equivocado la EdN al postular la nocividad como la esencia de la producción de mercancías y al indicar el carácter principalmente nocivo de la separación; el error consistía en afrontar tales evidencias con la esperanza puesta en una recomposición proletaria. El enigma del proletariado fue resuelto tarde, cuando la EdN había dejado de ser un grupo organizado y solamente se manifestaba de modo ocasional. En los noventa, la nueva época manifestaba a plena luz el verdadero alcance de la desposesión y de la miseria de los individuos, apenas en penumbra diez años antes. La subversión situacionista era impunemente recuperada por el aparato cultural y mediático de la dominación y convertida en 'la última forma del espectáculo revolucionario'[7]. Mediante el análisis de las huelgas de diciembre de 1995 en Francia la EdN se encontró con un proletariado espectador de sí mismo, cuyas luchas transcurrían en los medios de comunicación y eran administradas por sus empleados. Póstumamente, la EdN rompió con la tradición situacionista y la superó, denunciando una lucha

7. Carta de Debord 'a todos los situacionistas', 28-I-71, en el volumen 4 de la Correspondance editado por Fayard, París, 2004

de clases virtual, un fenómeno mediático y un espectáculo de masas[8].

Con toda evidencia la sinrazón dominante ha seguido su curso y ha acabado de edificar su mundo. El terreno social sobre el que podría nacer una reflexión crítica desaparece a pasos agigantados junto con la posibilidad de un sujeto histórico emergente que la lleve a cabo. La revolución, bien trabada por los mecanismos de recuperación, ya no es un escándalo. Desde que los gestos de la revuelta se convierten en valores mercantiles la revuelta es imposible. El terreno es propicio para cualquier ideología aberrante y se nota la necesidad de una teoría crítica radical que nos ayude a captar la realidad y a marcar una estrategia para cambiarla bien lejos de la ambigüedad y de los fundamentalismos, pero dado el estado lastimoso de los individuos sometidos a los imperativos de la economía, y dados los mecanismos de represión y control puestos en marcha, lo elemental sería ya no la interpretación del mundo sino la supervivencia ante las condiciones alienantes extremas que lo gobiernan; cuando un barco se hunde interesa menos un tratado de navegación que saber construir una balsa. Para salvarse del rodillo uniformizador y destructor del capitalismo global, de momento, será más necesario, como dice con cierto humor irónico Jaime Semprún, un manual de horticultura[9]. La degradación de los seres humanos ha llegado a tanto que es difícil pensar que el

---

8. 'Observaciones sobre la Parálisis de Diciembre', Encyclopédie des Nuisances, París, 1996. Hay traducción publicada por Virus editorial.

9. 'El Fantasma de la Teoría', Jaime Semprún, en Nouvelles de nulle part, nº 4, septiembre de 2003, París, Recientemente traducida y publicada por DDT, Bilbao.

mundo pare en otra cosa que en la barbarie, cuando, si nos detenemos a pensar, ya están instalándonos en ella. Lo urgente son las tácticas de resistencia inmediata, la circulación de las ideas, la salvaguarda del debate público, las prácticas de solidaridad efectiva, la afirmación de la voluntad subversiva, la conservación de la dignidad personal, la secesión del mundo de la mercancía, la preservación de la memoria, el mantenimiento de un mínimo de lenguaje crítico autónomo... o sea, todo aquello que mantenga algo de luz en el caos y neutralice a los recuperadores. En el mejor de los casos, la crítica revolucionaria ya llegará, y en el peor, dará igual que llegue como que no.

Miguel Amorós, Noviembre de 2004.

Apéndice

Informe sobre el movimiento asambleario

El movimiento de las asambleas obreras que removió España desde 1976 a 1978 no fue más que la aparición independiente del proletariado, y como consecuencia, la confirmación de la existencia de la lucha de clases en un país donde, tanto la dictadura como las políticas de recambio, durante cuarenta años, habían luchado conjuntamente por disimularla.

Es la respuesta espontánea del proletariado español al agotamiento político del franquismo, superpuesto a la crisis general de la economía que recorría por entonces el mundo capitalista, en el momento en que aquél intentaba una adaptación controlada de sus instituciones a formas seudodemocráticas, y este, una modernización de la economía espectacular de mercado que disolviera sin traumas al segundo asalto proletario contra la sociedad de clases. Pero ello no significó un simple rechazo de un régimen político retrógrado, a saber, el franquismo, y mucho menos, una adhesión a cualquier opción antifranquista de relevo. El movimiento de las asambleas fue una sublevación contra toda forma de explotación que desbordó el estrecho marco político burgués donde se le pretendió encajonar y desenmascaró a

la oposición antifranquista cuando ésta se disponía a negociar unas formas de esclavitud social más europeas, es decir, más estandard, a cambio del acceso a su gestión.

Como constante exigencia de la democracia directa en la lucha, es el retorno de la organización de clase del proletariado, de la conciencia de clase, que recuerda en no pocos aspectos la tradición anarquista del viejo proletariado español, como en el de la negación de la idea de las vanguardias dirigentes, de la política, del reformismo sindical, en fín, de toda representación exterior a la clase, y en el de la utilización de la solidaridad, de la autodefensa, del diálogo directo y de la huelga general en tanto que métodos de lucha específicos. Y si bien el movimiento libertario poseía el proyecto emancipador y una experiencia orgánica de la que carecía el proletariado asambleario, en cambio este era menos retórico, más numeroso, englobando a sectores no industriales, menos antiintelectualista y más exigente con sus representantes. Con un punto de partida más osado, hubiera llegado más lejos. El movimiento asambleario es la prolongación del movimiento obrero en el tardofranquismo y sucede en el tiempo al movimiento del proletariado portugués, manifestando un mayor contenido revolucionario: al revés de Portugal, donde el proletariado avanzaba sin enemigos delante, aquí las asambleas obreras tuvieron desde el principio a todos sus enemigos delante, formando una contrarrevolución compacta, y debieron de avanzar contra todo y contra todos, incluido contra sus propias carencias, que tan cruelmente hicieron sentir sus efectos desde el momento en que perdió fuerza y empuje. El movimiento tardó en ser derrotado, e incluso continuó siendo peligroso después de

haber desaparecido; no sólo porque la idea de las asambleas no fue nunca extirpada del todo, sino porque la democracia española fue edificada contra el movimiento asambleario obrero, y al extinguirse, todas las fuerzas políticas existentes que cobraban influencia precisamente luchando contra él —en primer lugar los estalinistas, boicoteadores sistemáticos de la organización independiente de las masas, y después el conglomerado de franquistas reformados, disidentes y jesuítas, capitaneado por Suárez, en tanto que partido director de la 'transición'— perdieron solvencia y entraron en un proceso de descomposición funesto para la misma transición, que se resolvió en un golpe de Estado. Así se dio la paradoja de que, para el PCE, la UCD y los sindicatos, las asambleas obreras fueron peores disueltas que presentes. Porque eran la causa de su importancia y de su necesidad, y, una vez desaparecida la causa, aquellos no tenían razón de existir. Acabar con las asambleas obreras no significaba más que entregar pacíficamente el país a las clases dominantes y a sus proyectos políticos más convenientes.

En España, lo mismo que en Polonia, los proletarios lograron imponer sus medios de comunicación y de organización sin ser inmediatamente aislados y aniquilados, pero en Polonia la lucha pudo darse objetivos generales unificadores, y traducirse en planteamientos radicales cotidianos, y en España, las formulaciones asamblearias radicales fueron muy pocas, ciñéndose el movimiento generalmente a la solidaridad y a reivindicaciones laborales. Pero este no contaba con las simpatías ni con la neutralidad de esas clases medias secundarias que el capitalismo va creando a medida que transforma el trabajo social, por ejemplo, los cuadros

post-universitarios, principal área de reclutamiento de personal dirigente, ni con los intelectuales, ni con la burocracia sindicalista, aunque solamente fuese en versión izquierdista, ni con los empleados de los medios de comunicación.

En España, un país de capitalismo débil, incapaz de grandes iniciativas, y mucho más incapaz de mantener a su alrededor un enjambre no directamente rentable de cuadros, periodistas, burócratas e intelectuales, el Estado suple a la empresa en cuantas tareas son de interés general para la clase dominante. El único medio de existencia y desarrollo de todo ese personal subalterno es el aparato administrativo, político y cultural del Estado; por lo tanto, los fines del Estado son sus propios fines. Y precisamente cuando el Estado se disponía a renovarse y ofrecer empleos a discreción, surgió un movimiento asambleario, antipolítico y antijerárquico, visiblemente enemigo del Estado. Así pues, el proletariado, apenas entrado en combate, no sólo tuvo que enfrentarse al dinero y al poder, sino a los políticos e ideólogos de todo pelo, a todos los arribistas, a los sindicatos, a la prensa, a la cultura, al folklore, incluso. En Polonia no se produjo esa simbiosis de todas las clases y capas no proletarias en torno al Estado; el movimiento fue favorecido por una complicidad generalizada de todas las capas sociales. En España el movimiento fue obstaculizado paso a paso por una complicidad generalizada de todas las capas sociales contra él.

La situación produjo las asambleas. La dictadura, ya institucionalmente residual, su equipo dirigente dividido, sin el incondicional apoyo de los sectores de poder que la justificaba

históricamente, había perdido el dominio sobre la sociedad española, sin que nadie lo hubiese ganado en su lugar. La mayoría de los franquistas se daban cuenta de que una vez muerto Franco, su régimen había dejado de existir, de que el Estado era un cascarón vacío, aislado y desarbolado, y de que había de ser apuntalado con una reforma democrática. Pero el viejo franquismo, al intentar modernizarse, se dio cuenta de que era incapaz de imponer sus propios cambios, y ni siquiera de dirigir el país hacia ellos. En 1976, el franquismo 'democrático' no tenía sentido. La reforma, no negociada ni con la oposición ni con las familias franquistas recalcitrantes, tuvo la virtud de disgustar a todo el mundo, polarizando las posturas. Los franquistas reformistas, obligados por credibilidad a la tolerancia, pretendieron debutar con una congelación salarial, en el preciso momento en que se negociaban multitud de convenios y en que los precios se disparaban. El repentino agravamiento de las condiciones económicas de la 'fuerza productiva máxima' fue la gota que colmó el vaso de la crisis social incubada en los últimos años, y la tolerancia que el régimen de 'dictablanda' se veía forzado a ofrecer fue la brecha por donde se coló el movimiento.

Las huelgas comenzaron en enero en Madrid y se extendieron al poco por todo el país, sorprendiendo a todos por su combatividad y magnitud, y sobre todo por la generalización de las asambleas obreras, decididas y conscientes, órganos de discusión colectiva y de toma de decisiones, que evidenciaba la voluntad de los trabajadores de manejar sus asuntos por sí mismos, y de no dejarse manejar por otros. Las asambleas eligieron delegados, extendieron las huelgas por doquier, muchas veces por simple solidaridad de clase,

y salieron a la calle, haciendo saltar por los aires la legislación vigente, la estructura sindical oficial que los estalinistas esperaban coger 'con los ascensores en marcha' y los planes conjuntos del gobierno, de los banqueros y de la oposición, en los cuales no figuraba el proletariado sino como vulgar mobiliario de sus transacciones. Su entrada en acción había alterado cualitativamente la situación, poniendo de manifiesto el antagonismo existente entre clases. Las asambleas, organismos de defensa del interés cotidiano, nacidas para discutir los problemas laborales y nombrar a los encargados de negociar con el empresario, se convertían en todo un poder, independiente, con una enorme fuerza, cargado de posibilidades de las que muchos obreros empezaban a ser conscientes. En Vitoria, durante febrero y marzo de 1976, el movimiento asambleario alcanzó su punto culminante. Si las huelgas madrileñas habían descubierto el poco alcance de la apertura gubernamental y habían convencido a los empresarios de la necesidad de una central sindical fuerte que controlara a los trabajadores, la huelga general de Vitoria torpedeó definitivamente cualquier reforma continuista y cualquier proyecto de renovación, aunque fuese el de las mismas CCOO, de la Central Nacional Sindicalista, desenmascarando el pacto cantado del franquismo postrero con la oposición. La huelga de Vitoria no solamente se servía de la asamblea como arma fundamental —'las armas no son más que la naturaleza de los combatientes'— sino que había conseguido imponer las *comisiones representativas* de delegados, elegidos y revocables, forzando al mismo tiempo la dimisión del sindicalismo oficial y del oficioso. Los trabajadores ocupaban la calle y las asambleas se introducían en todas las manifestaciones de la vida de la población. El movimiento

dejaba su carácter espontáneo para coordinarse y defenderse. Todos los enemigos del proletariado comprobaban estos rasgos revolucionarios tremendamente contagiosos, que podían multiplicarse y desembocar en una verdadera revolución si las condiciones seguían favoreciéndolos. Pero la tolerancia se acabó y los obreros de Vitoria fueron ametrallados. Oposición y gobierno consiguieron que la revuelta provocada por los disparos de la policía fuera circunscrita al País Vasco y que la solidaridad de los obreros del resto del Estado fuera dispersa y duramente reprimida.

En Vitoria termina la primera etapa del movimiento de las asambleas con importantes resultados: el fracaso de la reforma franquista y la asunción por parte del poder, de la inevitabilidad de los partidos y sindicatos, a los que se tendrá que legalizar, ya que son los únicos amortiguadores válidos del momento; la unificación de la oposición estalinista y socialista en una plataforma común, la Coordinación Democrática, que habrá de negociar la reforma política y el pacto social —a 'ruptura pactada'— con un gobierno que convoque elecciones. El poder estaba asustado, por lo que los trabajadores habían de considerar el fin de la tolerancia, habían de coordinarse dotándose de una organización autónoma sólida que superase las dificultades propias de los comienzos y se enfrentase con éxito a sus enemigos coaligados. Debían de encontrar la manera de reunir todos los problemas en uno solo, el cual exigiese ser inmediatamente resuelto, o dicho de otro modo, debían de unificar sus reivindicaciones en un proyecto revolucionario coherente. Algunas de las tareas necesarias eran vivamente sentidas, como la de la autoorganización, y en muchas fábricas los

obreros se organizaron al margen de los sindicatos, pero la coordinación nunca superó el área local de modo duradero. Solamente unos pocos ramos se coordinaban provincialmente, sin que se pudiese impedir que muchas asambleas manipuladas por izquierdistas votasen por la constitución de sindicatos unitarios y muchas coordinadoras de delegados se transformasen en embriones de sindicatos. Sólo en Vizcaya pudo crearse una *Coordinadora Unitaria de Asambleas de Fábrica,* responsable de grandes movilizaciones. Las huelgas continuaron pero ya no se extendían con tanta facilidad como antes porque enfrente tenían a la C.O.S., una asociación de circunstancias de las principales centrales, ocurrida en septiembre de 1976, para obtener un clima de paz social que favoreciese las conversaciones entre la oposición y el gobierno de Suárez. En cambio, eran huelgas más asamblearias y más antisindicales, por razones evidentes, y también más duras, porque tienen que hacer frente a las fuerzas represivas. Seguros de la oposición, los patronos intentaron recuperar el terreno perdido en las huelgas anteriores, con ayuda del gobierno, que autorizaba la congelación salarial y los despidos pasados. La represión causó nuevas muertes e hizo reaccionar de inmediato a los obreros, desencadenándose un otoño caliente. Esta segunda etapa del movimiento de las asambleas termina con la jornada del 12 de noviembre, tras la cual, el punto de equilibrio de los proletarios asambleístas y burócratas sindicales se desplaza en favor de los últimos, y el movimiento entra en una fase de aislamiento y dispersión.

La alianza entre sectores liberales de la burguesía, socialistas y estalinistas no tenía otra razón de ser que la necesidad de una evolución política pacífica del régimen

franquista, y no buscaba otra cosa que el diálogo con él. Su estrategia se basaba en reforzar esa evolución, y lograr acuerdos del tipo que fuesen. Todo lo que alteraba ese proceso, como por ejemplo, la lucha de clases, estorbaba los planes de la oposición, porque asustaba a los franquistas y ahuyentaba a los representantes burgueses. El proletariado tenía que limitarse a jugar un papel auxiliar, de eco de las consignas del cónclave estalino-burgués y desfilar dócilmente tras sus autonominados dirigentes. Entonces, la clase obrera tenía que sacar las obligadas conclusiones y tratar a la burocracia políticosindical sin contemplaciones, como enemigos de la misma clase que el franquismo. Los obreros constituían un poder al que todo le era hostil, y ante las perspectivas de la situación, o afirmaba su autonomía o cedía a la usurpación: 'o asambleas o sindicatos'. Así lo plantearon los más radicales. El problema de la revolución española —y de todas las revoluciones modernas— reside en la raíz misma de esta controversia: reconocer o no reconocer el papel independiente del proletariado, y actuar en consecuencia. Lo que nunca debieron hacer los proletarios fue llegar a la transacción del 12 de noviembre, cuando, a cambio de calmar su entusiasmo combativo con una masiva demostración antifranquista, cedieron la dirección del movimiento, y la jornada se convirtió en un ensayo de disciplina sindical coronado con éxito. Todas las huelgas que sucedieron después tuvieron a la policía delante y a los sindicatos a la espalda.

Las huelgas de la tercera etapa asamblearia, que alcanza hasta la legalización de los sindicatos el 28 de abril de 1977, transcurrirán aisladas en un ambiente de pacto

secreto consolidado entre los empresarios y los sindicatos, entre la oposición y el gobierno, habiendo perdido los trabajadores la iniciativa. Fueron luchas largas, totalmente apartadas de los sindicatos, que terminan en derrotas. Sin embargo fueron huelgas ejemplares, todas ellas capaces de invertir la correlación de fuerzas durante un cierto tiempo y de relanzar el movimiento si se hubiera generalizado. Pero esto ya era muy difícil, y las pocas iniciativas que van en este sentido, como el aniversario de los hechos de Vitoria y la celebración del Primero de Mayo, fracasan. El régimen postfranquista abría las puertas de la administración y la política a los partidos y a las clases medias, gente que por primera vez es consciente de sus intereses de clase específicos, que no pasan en absoluto por la revuelta obrera. El PCE representaba en esos momentos los intereses de tales clases, herederas del papel histórico jugado otrora por la pequeña burguesía; había conseguido la adhesión de los sectores obreros más retrasados políticamente, y había desarmado ideológicamente a los más radicales, convirtiéndose a principios de 1977, en la vanguardia del partido del orden. Como jefe de ese partido, su secretario Carrillo sería presentado por Fraga en el Club Siglo XXI, ante las élites capitalistas nacionales. La presencia del PCE y de los sindicatos, favorecida desde el poder, se doblaba con la progresiva divergencia entre los intereses cotidianos de los obreros y los verdaderos intereses de clase, ocasionando que el proletariado no se enfrentase con unanimidad contra la clase dominante y que, en virtud del impacto de la crisis económica desviada hacia los trabajadores, la solidaridad languideciese y se oscureciese la conciencia de clase. Entonces bastó que el franquismo residual contraatacase fomentando reacciones

antirreformistas entre los militares y recurriendo a la estrategia de la tensión, como los fascistas italianos, para que la oposición se lanzase en brazos del gobierno franquista renovador, desorientando y desmoralizando al proletariado. Esa unión sagrada fue remachada tras las elecciones del 15-J con un calamitoso pacto social.

El Pacto de la Moncloa, en septiembre de 1977, fue un frente común de todos los partidos con el gobierno, en contra de una posible ofensiva proletaria que el empeoramiento de las condiciones económicas hacía temer. Por primera vez, los sindicatos son reconocidos públicamente en calidad de esquiroles y rompehuelgas, como responsables de la domesticación de la clase obrera y de su sometimiento a las leyes 'naturales' de la producción que sellan el dominio del capital sobre el trabajo. Hasta entonces, sus victorias sobre las asambleas habían sido efímeras, porque no se acompañaban de mejoras materiales que les prestigiasen; lo contrario era más cierto: cada intervención sindical había sido nefasta para el nivel de vida de los obreros, y por tanto, todos sus pasteleos pendían siempre del hilo de una no deseada reactivación del movimiento asambleario. El movimiento había sido preservado en el País Vasco, donde se le habían añadido los abertzales. Entre julio y septiembre, los obreros del calzado de la provincia de Alicante dieron el mayor ejemplo de organización asamblearia conocido. Con el Pacto de la Moncloa se daba la paradoja de que a pesar de haber sido derrotado el movimiento asambleario, los sindicatos y partidos no sacaban todo el provecho que querían y, cuando trataban de hacerlo, antes perdían que ganaban. Todas las huelgas importantes que ocurrieron a partir de entonces,

eran, de un modo u otro, huelgas contra el pacto. Durante el mes de octubre de 1977, en Cádiz, la *Coordinadora de trabajadores* llegó a tomar la ciudad, como en Vitoria, y en noviembre se celebraron grandes manifestaciones contra el pacto en grandes ciudades, culminando el movimiento un mes más tarde con las huelgas generales de Vizcaya y Tenerife. Muchos empresarios tuvieron que olvidarse de los sindicalistas y aceptar a delegados elegidos en las asambleas. Pero esta cuarta etapa del movimiento asambleario contradictoriamente no termina con un relanzamiento de la democracia directa en las fábricas y en la calle, sino con su casi desaparición, observable a partir del 16 de enero de 1978, fecha del inicio de las elecciones sindicales. Entonces irán terminando el diálogo en la base y la representación directa. No se podrá hablar ya de asambleísmo sino como una tendencia cada vez más minoritaria entre los obreros, como un conjunto de prácticas cada vez más residual y criminalizado por sus enemigos. En adelante, la clase obrera pintará muy poco en los acontecimientos.

Las asambleas obreras hicieron retroceder a sus enemigos varias veces, pero no ocuparon el terreno que aquéllos cedían. El movimiento, falto de cohesión, se fue agotando, sin objetivos generales, sin poder dar golpes decisivos. La ausencia de una corriente revolucionaria definida constituída por asambleístas, contribuyó más todavía a que la confusión se instalase. El movimiento de las asambleas había llegado lo bastante lejos como para necesitar comprender sus obras y las consecuencias de sus obras. Para avanzar después de haber librado batalla, había de protegerse contra la recuperación, progresando en la organización y en la

definición de tareas. Cuando se presenta la oportunidad de pasar a una fase superior de la lucha contra el Capital y el Estado, el instinto de clase no es suficiente: la conciencia de clase es el factor decisivo. El conocimiento del conjunto de las condiciones de lucha, la comprensión clara de la realidad, el juicio exacto del orden social capitalista. El proletariado combate a la sociedad de clases obligándola a enfrentarse a un conocimiento de sí misma. En paralelo con la lucha económica se desarrolla una lucha por la conciencia, por el conocimiento de la sociedad. Porque el conocimiento social histórico, la toma de conciencia social, significa también la posibilidad del dominio de la sociedad, la propia emancipación social, si el proletariado sale triunfante en esa lucha. Ambas luchas se hallan imbrincadas, y cada una es real sólo si va acompañada de la otra. La única condición para que esto se cumpla es la acción autónoma del proletariado. Si el proletariado no consigue independizarse de representaciones exteriores a él, su proceso emancipador se detiene y acaba. Esa es la principal enseñanza del movimiento de las asambleas.

Miguel Amorós, Octubre de 1984.

'*Nota de 1995*. El Estatuto de los Trabajadores, obra de la patronal CEOE y de la UGT, apoyada con reticencias por CCOO, fue promulgado el 10 de marzo de 1980. Introducía la flexibilidad de las plantillas y suprimía la práctica corriente de las asambleas, pero no para dar mayor protagonismo a los Comités de Empresa legales sino para darlo a las cúspides de las centrales, consagrando los acuerdos verticales (por arriba). El capítulo relativo al derecho de reunión establecía la periodicidad óptima de las asambleas ¡UNA CADA SEIS MESES! Además, su celebración sucedería fuera del horario de trabajo, con un orden del día prefijado y con los asistentes de otras empresas (si los hubiere) previamente anunciados.'

Miguel Amorós, Barcelona, 1996.

Klinamen es un proyecto antiautoritario que nació con la idea de difundir y financiar distintas luchas que se llevaban a cabo dentro del estado español a través de la autoedición de textos anticapitalistas. Consta de una *editorial*, esqueleto y motor del proyecto y de un *portal web* con el que buscamos potenciar la autoedición de textos y aportar recursos a quien no los tiene, aumentar y solidificar los canales de distribución alternativa ya existentes y contribuir a la autogestión y a la autonomía de proyectos anticapitalistas.

Experiencias ajenas nos han demostrado que no es posible conjugar el proyecto político y la remuneración económica: algo difícilmente puede ser negocio e instrumento de lucha a la vez. Por eso este no es un proyecto editorial comercial, sino autónomo y libertario. Cada euro conseguido es reinvertido en una nueva propuesta de edición o en apoyar otras luchas revolucionarias.

www.klinamen.org

[Portal por la autogestión editorial]

OS CANGACEIROS
España en el corazón.



Desde el desembarco de la Primera Internacional en tierras hispanas hasta los preludios de la huelga-espectáculo del 14 de diciembre del 88, se nos ofrece una excelente radiografía, tan exenta de la pachanga anarquista como de toscos dictámenes paleo-marxistas, de los rasgos que dieron su peculiar impronta a la revuelta de los pobres en España.

Edita: **Pepitas de calabaza**
205 pag.| 10 €.

LAS ARMAS DE LA CRÍTICA

Esta breve selección de concisas exposiciones (pensadas y orientadas para ilustrar el debate interno de los colectivos anfitriones) muestra la actualidad del término 'texto de combate': escribir para la práctica emancipatoria desde el compromiso social y el posicionamiento en cada una de las polémicas que éste acarrea.

Miguel Amorós.

Edita: **Muturreko burutazioak**
ISBN: 84-96044-45-9 | 5 €

ILUSIONES POLÍTICAS Y LUCHA DE CLASES
del antifranquismo al postfranquismo.

El reformismo obrero y el reformismo del capital se unieron contra la autonomía obrera.
Encarar la explicación de lo sucedido estos últimos cincuenta años a partir de la evolución de la relación capital/trabajo, es el proposito de Cajo Brendel / Henri Simon coautores de este libro.

Edita: **Virus Editorial**
216 pag. | ISBN: 84-96044-32-7 | 13,20 €

VIVIR EN EL ALAMBRE Y OTROS ESCRITOS

Selección de últimos escritos de Ramón Germinal, que fueron concebidos como intervenciones y que quieren seguir siendo eso, un tomar parte en el conflicto del actuar en la inaplazable tarea de desasirnos de los lazos sociales de la dominación.

RAMÓN GERMINAL
VIVIR EN EL ALAMBRE
y otros escritos
Biblioteca Social Hermanos Quero

Coeditan:
- **Biblioteca Social Hermanos Quero**
- **Muturreko burutazioak**

144 pag. | ISBN 84-96044-60-2| 6€

CÁRCEL MODELO, CIEN AÑOS BASTAN

La memoria que aquí presentamos de la cárcel Modelo de Barcelona en su 100º aniversario no tiene otro objetivo que alentar a su destrucción y estimular la realización de la vieja aspiración de una ciudad sin cárceles. Contra la construcción de nuevas prisiones —de esta forma los que aún en parte nos gobiernan pretenden atajar la absurda espiral más delito, más cárceles, más delitos— damos en esta memoria razones para no levantarlas.

Coeditan:
- **Ateneo Libertario Almargen**
- **Likiniano Elkartea**
- **Ateneu Libertari Poble Sec**
- **Etcétera**

96 pag. | 2,40€

---

*En **www.klinamen.org** puedes encontrar un listado de puntos de venta directa de la red de distribución anticapitalista.*